

# PATAGONIA Silvestre

Revista de la SOCIEDAD NATURALISTA ANDINO PATAGONICA



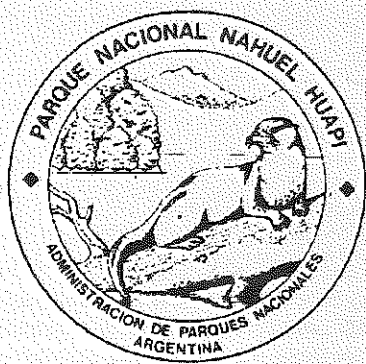
RECOPILACION DE LAS OBRAS  
PREMIADAS DEL CONCURSO  
REGIONAL DE NARRATIVA  
«TE CUENTO UN PARQUE»  
AÑOS 1995, 1996 Y 1997

Número

Editada en  
la Patagonia  
Argentina

Precio \$ 3.-

6



# NAHUEL HUAPI

# PARQUE NACIONAL

*Su experiencia en la naturaleza puede ser inolvidable si la realiza con el compromiso de protegerla y preservarla.*

*¿Cómo podemos colaborar?*

*Consulte al Guardaparque sobre las posibles actividades y la manera de realizarlas.*

*Acampe sólo en los lugares permitidos. Solicite el permiso de acampe respectivo.*

*Priorice el uso del calentador. Si necesita hacer fuego use antiguos fogones, leña fina, caída y seca. Apague con abundante agua.*

*Circule sólo por los senderos habilitados.*

*Realice su aseo, lavado de vajilla y ropa lejos de los cursos de agua (60 m ts.).*

*Pesque con permiso, respetando el Reglamento.*

*Respete la vida silvestre.*

*Si escucha música, evite perturbar a otros visitantes y/o a la fauna silvestre.*

*Los recursos arqueológicos, paleontológicos, pinturas rupestres y monumentos históricos están protegidos por Ley Nacional.*

*Retire su basura del área y depositela en los lugares habilitados.*



Administración de Parques Nacionales  
Santa Fe 690 (1059) Bs. As.  
Tel. (01) 311-8853/1942

Intendencia del PN Nahuel Huapi  
Av. San Martín 24 (8400)  
Tel. (0944) 23111/366



SOCIEDAD NATURALISTA  
ANDINO PATAGÓNICA  
Creada en 1991  
Pers. Jur. N° 1054  
Villegas 369 - 1° A (8400) Bariloche  
Río Negro - Argentina - Tel (0944) 22758

Comisión Directiva 1998-1999

**Presidente**

Adan Hajduk

**Vicepresidente**

Horacio Planas

**Secretaria**

Karin Heinemann

**Tesorero**

Antonio Locria

**Vocales Titulares**

Lorenzo Sympson

Carlos Peralka

Eduardo Shaw

John Hill

**Vocales Suplentes**

Miguel Christie

Oscar Carranza

**Revisor de Cuentas Titular**

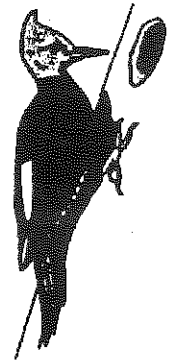
Javier Bellati

**Revisor de Cuentas Suplente**

Guillermo Giordana

# SNAP

## Sociedad Naturalista Andino Patagónica



S  
N  
A  
P

Miembro de la

# UICN

Unión Mundial para la Naturaleza

# Índice

REVISTA

**Comité Editorial**

Anahi Pérez

Soledad Caracotche

Eduardo Ramilo

Gustavo Iglesias

Juan Salguero

**Diseño y composición**

Sandra Pacheco

**Dibujos**

Gabino Tapia

*Los artículos firmados se publican bajo responsabilidad de sus respectivos autores.*

*Patagonia Silvestre autoriza la reproducción total o parcial de sus artículos únicamente citando la fuente y los autores.*

*Registro Intelectual en trámite.*

*Publicación semestral.*

El Angel Guardián .....	6
La leyenda del lago Escondido .....	7
La historia de Salvador .....	8
Ojos del bosque .....	9
Realmente mágico .....	13
Volver a casa .....	14
Nuevos habitantes del bosque .....	18
Juntos podemos .....	20
En el bosque .....	22
Hombre de campo .....	23
La búsqueda .....	24
El mensaje de los niños .....	26
La fortaleza .....	28
El río .....	33
Al Sur .....	34
El abuelo .....	35
Vida del bosque .....	37
El regreso .....	38
El último amanecer .....	40
Había una vez un Parque .....	41
Manso en el '99 .....	42
El guardaparque .....	46
De campamento .....	50



Diseño de Logotipo:  
Sara María Ventura

El alfabeto utilizado para el logotipo PATAGONIA SILVESTRE se hizo en base a pinturas rupestres, como homenaje a las culturas que nos precedieron y que supieron convivir en armonía con la naturaleza.

PATAGONIA  
Silvestre

5 de Junio, Día Mundial del Medio Ambiente. Qué mejor forma de adherir a este día que hacerlo a través de la participación de la gente.

Por eso, en este número especial hemos querido reconocer a aquellos, mayormente jóvenes, que se han expresado en los últimos años a través del concurso «Te cuento un Parque» organizado por la Intendencia del Parque Nacional Nahuel Huapi.

## Editorial

Además del concurso en sí, revalorizamos en este número la participación de personas expresándose sobre la naturaleza. Ellas representan a muchísimas otras que igualmente inquietas por nuestro medio ambiente, han llegado a expresarlo de este modo.

Todos estos cuentos han recibido alguna mención por parte de los organizadores del concurso. Hubiera sido nuestro interés publicar los trabajos de todos los participantes porque, al margen de quienes fueron los premiados, entendemos que el valor está en la actitud e iniciativa para expresar las inquietudes y compromisos hacia la naturaleza.

Agradecemos especialmente a quienes desde el Parque Nacional Nahuel Huapi movilizaron esta iniciativa y nos brindaron la posibilidad de transmitirlo a través de nuestra revista.

*Comité Editorial*



## LA OPINION DE LOS ORGANIZADORES DEL CONCURSO:



### CONCURSO REGIONAL DE NARRATIVA «TE CUENTO UN PARQUE»

«Una herramienta para la interacción entre las áreas protegidas y las comunidades aledañas»

Desde 1995 la Intendencia del Parque Nacional Nahuel Huapi viene realizando el Concurso Regional de Narrativa «Te cuento un Parque», en el que participan tres categorías: niños -A-, de 8 a 12 años-, adolescentes -B-, de 13 a 18 años- y adultos -C-, 18 años en adelante-; cuya temática trata sobre los distintos aspectos del Parque Nacional.

En estas convocatorias se entregaron certificados a todos los participantes, además de los premios que consistieron en excursiones a Puerto Blest y otros lugares del Parque para el ganador y su curso, como así también bibliografía referente al patrimonio natural y cultural de nuestro país. Los mismos son entregados cada 6 de Noviembre, como parte del acto de celebración del «Día de los Parques Nacionales Argentinos».

Desde el primer año de su realización hemos tenido una buena respuesta, que ha ido en aumento en cada edición; resultando una herramienta importante de interacción entre el Área Protegida y las comunidades de la región.

La publicación de las obras seleccionadas significa un agradecimiento y revalorización al compromiso y entusiasmo de **todos los participantes** que, alentados y acompañados por sus familias, docentes y amigos han volcado en un papel sus experiencias, conocimientos y sentimientos hacia el Parque Nacional y su entorno.

*Intendencia del Parque Nacional Nahuel Huapi*

*Intendente Parque Nacional Nahuel Huapi:*

Arq. Ricardo GOVETTO

*Miembros de los Jurados de las distintas ediciones:*

Cristina VENTURINI, Manuel BENDERSKY, Guardaparque Norberto TOMAS y Carlos REY.

*Anfitrión de los Ganadores en Puerto Blest:*

Gpque. Héctor Ferioli «El Oso»

*Idea y Coordinación:*

Carmen CORVALAN.

AGRADECIMIENTOS a todos los que de una u otra forma, han participado y colaborado para que esta propuesta se haga realidad, mejore en todos sus aspectos y cada vez llegue a más gente. MUCHISIMAS GRACIAS.

DECLARADO DE INTERES POR:  
Secretaría de Cultura de la Nación  
Consejo de Educación de la Provincia de Río Negro  
Municipalidad de San Carlos de Bariloche  
Municipalidad de Villa La Angostura





# 1er. Premio 1995

categoría A

Autoras: **VANESA CELINA ICARE**  
**PAULA VANESA NAHUEL PAN**  
 Seudónimo: *Las Guardianas*  
 Escuela: N° 201 - J.R. Jiménez

# EL ANGEL GUARDIAN

Los rayos de sol se filtraban entre las ramas y hojas de los ñires, a orillas del lago.

Con mi hermana Florencia en esa hermosa mañana, con nuestras risas y gritos rompimos el silencio que nos daba el paisaje.

Ibamos arrojando piedras al lago cuando de repente nos llamó la atención una serie de golpes que a medida que avanzábamos se oían más fuertes. De pronto vimos a un señor, que con una filosa hacha estaba cortando un hermoso coihue.



modales le hizo abandonar la tarea y le explicó que el árbol era como una persona, que los pájaros son parte del mundo en que vivimos, que la flores no sólo son hermosas sino que también hace que el paisaje tenga vida, con Florencia escuchamos muy atentas la lección que el guardaparque nos estaba dando.

Cuando se despidió y se perdió con su caballo entre las ramas verdes, me di cuenta que es como un ángel guardián de la naturaleza que nos rodea.

Nos acercamos y entre el tupido follaje apareció un Guardaparque, se acercó al hachero y le preguntó por qué lastimaba al árbol, con buenos

Él cuida la flora, la fauna y nuestros lagos y ríos; me dieron ganas de agradecerle, pero ya no estaba.

*Fin*



# LA LEYENDA DEL LAGO ESCONDIDO

**2do. Premio 1995**  
categoría A

Autora: **VERONICA CEOLA**  
Seudónimo: **Amancay**  
Escuela: **Woodville**

**C**uenta la leyenda que el Lago Escondido no siempre estuvo escondido.

Cuenta que hace mucho, mucho tiempo los Mapuches vieron el lago. Estaba rodeado de cañas colihue, lengas, maitenes y coihues. El lago era poco profundo y a los indígenas les gustó el lugar para vivir. Se preguntarán porqué les gustó ese lugar y no otro. Bueno, les gustó porque había raíces ricas y comestibles, llao-llao y todo tipo de frutas fáciles de conseguir. Fueron cargando sus cosas de un lado a otro hasta llegar a orillas del

lago escondido al que ellos llamaron NGUANEYEN, que era el nombre del dios en el que creían. NGUANEYEN, al ver que los indígenas usaban su nombre sagrado para llamar a un lago, decidió cubrirlo de manera que nadie lo volviera a ver, y lo rodeó con enormes árboles.

Quando los indígenas comprendieron su maldición se echaron a correr y nunca más se supo de ellos por allí. Pero el día que se construyó la carretera, se sacaron muchos de esos enormes árboles, por eso ahora cuando vas por el Circuito Chico, podés ver el lago al que llaman ESCONDIDO rodeado por los árboles que NGUANEYEN hizo crecer.



*Fin*



# LA HISTORIA DE SALVADOR

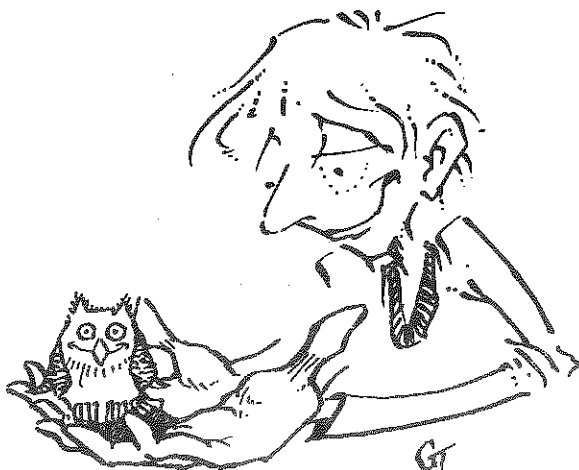
## 3er. Premio 1995

categoría A

**E**l bosque es un lugar que realmente me encanta, porque puedo respirar un aire fresco y puro. Cuando estoy en él, no puedo evitar cerrar mis ojos y escuchar el silencio, interrumpido a veces por el suave canto de un «cabecita negra» o de un «rayadito», o por el paso tímido de algún «huemul» o quizás un «huillín».

La historia que quiero compartir con Uds. es la de un animalito, que tiene su casa en el bosque. Este ser es una lechuza «bataraza», que se la conoce con el nombre de Salvador.

Era un día tranquilo de verano y de pronto algo sucedió que inquietó a los animales del bosque. Casi inmediatamente las llamas del fuego abrazaron los coihues y todo lo que encontraban a su paso. Algunos animalitos pudieron escaparle a las llamas, pero los padres de Salvador no.



Autor: **HERNAN BOTBOL**

Seudónimo: **El Acertijo**

Escuela: **Primo Capraro**

Los brigadistas con mucho esfuerzo, voluntad y amor por el bosque, apagaron el fuego y encontraron en el suelo una pequeña lechuza bebé que se hallaba bastante mal herida, tenía todo su cuerpecito y plumaje chamuscado por el fuego. Por suerte, estos hombres con amor le brindaron alimento, agua y protección, curándole sus heridas, pero sobre todo le dieron mucho cariño. Desde ese día se convirtió en la mascota de la brigada, y su lindo nombre se debe a que cada vez que se produce un incendio, él avisa con un chillido especial.

*Fin*





¿Quién pudiera ser  
 los ojos del bosque?  
 ¿Quién pudiera escapar  
 de su cultura,  
 su ilusión  
 o su estructura?  
 Tal vez quien no exista  
 o quien no es.

**L**a noche se cerró en un suspiro, toda la tierra enmudecía, sólo la brisa lejana provocaba movimientos leves en las hojitas de los recientes brotes.

Ella venía descendiendo, absorta en sus pensamientos. El día había sido agotador pero a la vez excitante; se podía distinguir en su leve ser una sonrisa que la inundaba. La casi insignificante gotita de rocío que la contenía descendía con ondulaciones pacíficas, total, ¿qué apuro tenía?. La noche era eterna..., toda una vida, su vida...

Lucy mantenía su vista en las lejanas montañas, miraba hacia el cielo y volvía a observar los bosques y praderas... ¡Qué día!

Había recorrido valles, ríos, estanques y caminos, se había posado en las primeras mariposas matutinas, saltado entre la hierba, corrido sobre perros y volado en gaviotas furtivas.

Su mente se adaptaba rápidamente a cualquier forma de vida, y ella pensaba vivirlas todas, no quedaría en el mundo un solo ser en que no se posase. Así había transcurrido su día, volando invisible sobre los campos, sintiendo la

# OJOS DEL BOSQUE

**1er. Premio 1995**

**categoría B**

*Autora:* **CAROLINA QUINTERO**

*Seudónimo:* **Aivin**

*Escuela:* **C.S.M. N° 7 (CEM N° 37)**

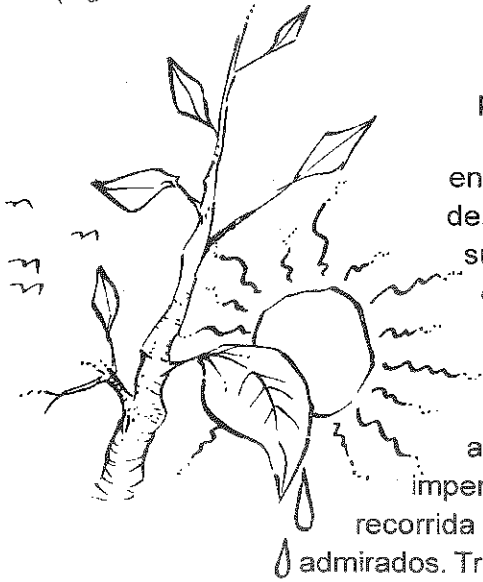
emoción de los primeros pasos de una cría de pudú, descansando en los capullos de florcitas silvestres, que de tanto en tanto abrían sus pétalos tras ráfagas imperceptibles. Le gustaba brincar en los escurridizos grillos a orillas de arroyos plateados, escuchar el eco de su violín o reposar en la monotonía de una roca bañada por heladas corrientes de vida indescifrable.

Desfilaba incansable por cuanto objeto se topaba en su camino, y era feliz en ese aire puro, bajo ese cielo, sobre este mundo.

La gota de rocío se suspendió unos minutos antes de caer, y sólo ahí Lucy desvió su vista al suelo. Sintió un placer desmesurado al sentir que se desprendía de cada partícula que la contenía, observar que se esparcía salpicando el césped a su entorno; y por último caer en tan acolchado terciopelo. El placer fue tan grande que hubiese deseado repetir la experiencia cientos de veces, pero en verdad se encontraba extenuada.

El vacío y la paz se adueñaron hasta del último segundo de esa noche.

El aire puro, junto con los



primeros aires de luz, revivió el rostro de Lucy, que resplandecía a la par de las brillantes perlas que la rodeaban. Se incorporó.

Con gran esfuerzo, ya que aún se encontraba adormecida, logró sobrepasar el nivel del césped, abrigo y testigo de sus más dulces sueños. Con todo el vigor que hizo falta, aspiró el aroma a hierba húmeda y néctar de las numerosas flores que embellecían su morada.

Sobresalía en el paisaje un débil olor a humedad y encierro, producto de la abundancia y proximidad de los árboles. La paz imperaba por sobre todas las cosas. La extensa vida

recorrida por aquellos árboles los hacía invulnerables, admirados. Troncos, hojarasca y hongos diversos constituían la base del solitario y magnífico bosque. Sólo ella en aquel momento cautivaba para sí todas esas imágenes. Grabaría en su memoria la inmortal muralla rocosa, de cumbres nevadas y resplandecientes, en el fondo azul penetrante del cielo. Otro, o quizás, el más sobrecogedor paisaje, lo constituía el lago Frías, de aguas lechosas, cuajando el aliento. La escasa bruma que se elevaba unos metros creaba una penumbra de tenebroso y soñador aspecto. Cuanto lo rodeaba se reflejaba, observando en él todo su encanto. Sólo aisladas nubes cortaban los matices de aquel cuadro enmarcado entre realidad y fantasía.

Parecía que la vida y el tiempo no contaban en aquel lugar, todo se había paralizado y el imperio de la magia reinaba.

Cabalgó en un grano de polen, enfrentando a la fresca mañana primaveral. Paseó durante un tiempo, hasta que, sin previo aviso, su esponjosa montura se deshizo en millones de partículas, y cayó en una amplia hoja de radal. Se filtró por entre el laberinto de nervaduras, tan obnubilada por el oasis contemplado, que sólo se enteró de su descuido cuando ya se encontraba cayendo directo al agua. En un segundo se encontraba entre las turbias, densas y heladas aguas. Ese paraíso en tinieblas la llevó al éxtasis. La melodía del silencio y el resplandor del sol en su superficie, hacían de aquel lugar un desafío a la más extraordinaria imaginación. Contempló el débil ondular de las algas, las rocas mohosas diseñando un fondo atrapante, los peces desfilando en caravanas, y todos aquellos seres inmutables en su serenidad y silencio.

Se coló entre las escamas de una trucha y la indujo a correr río abajo. Era perfecto, podía sentir como ahora su cuerpo era gelatinoso, sus ojos brillaban y con su cola podía cambiar de rumbo con un tenue movimiento. La corriente la impulsaba, y sorteando rocas, troncos y plantas avanzaba sin dificultad.

Cada cascada o pequeño salto se deshacía en una espuma blanca que contrastaba con el celeste verdoso del agua. Avanzaba cortando las corrientes que acariciaban sus aletas y escamas delicadamente.

Un aleteo susurrante de vistosos colores distrajo su atención. Perdiendo el dominio del pez, cayó con aquel mosquito a la boca de una ranita andina. Lucy se



encontraba ahora sobre un tronco, a escasa altura del suelo. El río impregnaba el aire de un murmullo constante, quebrado únicamente por el cantar de los pájaros. Su piel era húmeda y porosa, de un amarillo intenso, con dibujos marmolados de color castaño. Comenzó a inspeccionarse, estirando sus elásticas patas traseras y contemplando asombrado sus delgados y largos dedos.

La visión desde la base de la tierra mostraba a los árboles gigantescamente altos, cada desnivel se tornaba en precipicio, y un tronquito era todo un obstáculo. La tierra era blanda y gruesa. Sus desplazamientos eran cortos saltos amortiguados por la hojarasca.

Era mediodía y el sol ardiente adormecía a todo el bosque. No había brisa, y el aire se tornaba caldeado y abrumador.

Lucy se remojó largamente en el charco dorado y fresco, recobrando el aliento y las fuerzas para saltar entre rocas y ramas. Otras ranitas la acompañaban, y, como notando algo raro en ella, la observaban desde lejos. Pequeños ratones se escurrían entre el follaje, lombrices y gusanos excavaban la tierra buscando el fresco, las mosquitas zumbaban sobre el río, y algunas mariposas revoloteaban bajo el candor del sol. Se quedó largo rato a la sombra, entre la hojarasca húmeda. El río entonaba a capella dulces cánticos. El sol fue marcando su recorrido en el cielo.

Cerca, muy cerca de ella, se deslizó sigilosamente un gato huiña, que trepaba por alcanzar el agua sobre una débil rama.

Era vistoso y elegante. No muy

alto, de pelaje largo color pardo rojizo, y como un pequeño pumita, estaba totalmente bañada de manchitas negras compactas. Su tentación la llevó a abandonar la ranita e internarse en él.

Cada sorbo de agua se filtraba por sus dientes y descendía hasta su estómago, refrescándola. Lucy echó a andar, su movimiento era armonioso y simpático. Bajo sus pies, la hojarasca crujía. El animal era esquivo pero tranquilo. Se lamía delicadamente, y el cosquilleo era precioso; esa lengua áspera y corta que estiraba y humedecía su pelaje sedoso, la cola moviéndose en zigzag, y todo el cuerpo en equilibrio, sincronizando inconscientemente cada respiro.

Lucy estaba fascinada. Su figura era delgada y ondulante, el brillo de sus ojos era particularmente extraño, comparado con los demás animales que conocía, su pelaje lucía impecable, y sus uñas eran filosas. Correteó por entre los árboles, saltando y volviendo a correr. Cuando se detuvo, estaba frente a un pequeño descampado, muy cerca del río. Una imponente montaña, de diámetro incalculable, se alzaba en la otra orilla.

Su activa e incansable voluntad la inspiró a ascender aquella muralla de piedra y arena. Con ligereza, dejó al gato sumido en calmo sueño, y montada en una hojita surcó el cielo camino a la cumbre.

La brisa la aventó en los más hábiles trucos. La hacía planear y girar arrebatadamente, revolotear entre los árboles y remolcarla en torbellinos. Subía, bajaba, y volvía a subir, del derecho y del revés.

Al fin llegó a una planicie que

nada asemejaba a la punta afilada que había divisado por los ojos del huiña. Las amplias estructuras rocosas habían derretido casi toda la nieve, sólo se divisaban aislados lunares de cristales incandescentes. La vista era excepcional. Podía ver el lago, el río, cada curva, cada salto, cada rincón recorrido ese día.

La vegetación parecía diminuta. Amplios manchones verdes eran surcados por lechosas corrientes, numerosas cascadas y valles se comunicaban por arroyitos y senderos. Nada desequilibraba tan extensa región, todo permanecía en completa armonía.

"Qué bello sería ser aquella montaña inalterable que todo lo custodiaba" pensó Lucy, "abrazar con su cuerpo este paraíso y permanecer en él para siempre".

Pero su naturaleza inquieta y movediza no lo hubiese permitido jamás.

El resto de la tarde se distrajo con la más atractiva compañía: la condujo en su majestuoso vuelo un cóndor de extraordinario tamaño.

El viento la impulsaba y ella tan sólo se dejaba llevar, planeando en círculos. Su robusta estructura era de color negro intenso, con franjas blancas en el dorso de sus alas y un decorativo collar albino. El plumaje era suave y silbaba al cortar el viento. Su iris pardo, de vista aguda, captaba fácilmente movimientos lejanos.

Con simples y cortos movimientos de su cola y alas, ascendió en forma recta para luego descender en picada. Se regocijó con cada acrobacia, palpitando de placer frente a sus nuevas habilidades.

Recorrió el amplio cielo, y disfrutó enormemente de tan

espléndido espectáculo. Observó con detenimiento al sol poniéndose en las montañas, pero a fin de ubicarse en tierra firme antes del anochecer, bajó en algodonada nube hacia el suelo.

Se escurrió entre la tierra porosa y húmeda, sintió su aroma y palpó su tibia oscuridad. No se escuchaba nada, todo era serenidad y quietud. Una raíz cercana la sumió dentro suyo, una linfa agridulce y pegajosa la elevó. Se trataba de un ciprés de gruesa y rígida corteza. Poseía unos cientos de años. La vida que latía en su interior desde que era un brote tierno se mantenía intacta, pero enriquecida por años de incondicional presencia en aquel sitio.

Trepó por su tronco y ramas, se deslizó hoja a hoja hasta la cima de su copa. Era un ejemplar bellissimo, que cobijaba en él a cientos de vida: musgos, insectos, gusanos y pajaritos.

Cuando divisó el cielo, éste se encontraba ya de un azul renegrido. La brisa era más fresca y constante. La imperturbable melodía del río era ahora acompañada por el susurro del follaje o el croar de las ranas.

Cientos de estrellas la acunaban, y un arco plateado se colgaba del cielo, velando por el bosque dormido. Lucy contempló desde la tersa y pequeña hoja el reflejo de aquella luna en el lago y el ensueño que provocaba al filtrarse por la espesura.

Contempló soñadoramente su dulce hogar, mientras que sus párpados vencidos se entornaban.

Habría muchos días como el de hoy esperándola, y ella lo sabía...

*Encanto, ilusión,  
metamorfosis o delirio.  
¿Qué más da?*

*Fiu*



# REALMENTE MAGICO

**2do. Premio 1996**  
categoría B

Autora: **VALERIA PIA**  
Seudónimo: *Rulitos*  
Escuela: *El Bolsón*

**S**entada, charlando con un grupo de 5 amigos, en la orilla de aquel hermoso lago llamado Mascardi; junto al bello atardecer; María, una de mis más íntimas amigas, me comentaba lo extraño que es el bosque y la cantidad de vida que existe en él, desde un animal como una hormiga hasta un gato montés o quizás más grande, desde una flor No me olvides hasta un Eucaliptos, o la cantidad de variedad de especies animal y vegetal que existe... me hizo pensar. Intenté imaginar cada rincón del bosque, cada piedra, cada flor, cada...

¡Miren allá! ¡allá, sobre la montaña!, ¡miren lo grande que es!, gritó Matías.

Me había cojtado la imaginación, y medio en obligación levanté la cabeza.

Era hermoso. Un vuelo plano, tranquilo, parecía que había agarrado una corriente de aire cálida. Supusimos que era un Cóndor; para observarlo mejor, nos acostamos sobre las piedras que estaban calentitas por el sol de la tarde, y en silencio lo observamos. Se mantuvo ahí un buen rato, sin hacer un solo movimiento... ; en eso



Matías que parecía el más emocionado o contento quizás, se levantó y dijo:

- Vamos a caminar, a conocer el bosque nacional Nahuel Huapi, como quieran llamarlo.

- ¿No era eso a lo que vinimos?, y comenzó a caminar.

Nosotros nos sorprendimos.

- ¿Estaría aburrido? pregunté incorporándome.

Me miraron y me hicieron un gesto levantando los hombros y diciendo como ... no sé... Se levantaron y comenzaron a caminar atrás de él, yo los seguí.

Durante la caminata no cruzamos casi palabras, sólo observamos.

Me acordé de lo que estaba intentando imaginarme antes de que Matías me interrumpiera, pero sólo sé que nunca es lo mismo.

La decisión firme de Matías (el hacernos levantar y salir a caminar) nos hizo ver que estando en un lugar así, uno se da realmente cuenta de la creación de la naturaleza.

*Fin*



# VOLVER A CASA

**2do. Premio 1995**  
**categoría B**

*Autor: EDUARDO E. ZATTARA*  
*Seudónimo: Juan Darío Meyersmitt*  
*Escuela: C.S.M. N° 7 (CEM N° 37)*

**E**l viento pasaba entre las hojas de los árboles, susurrando rumores antiguos e imperecederos, mientras Julián permanecía recostado contra un enorme coihue, incapaz de hacer otra cosa que abrir sus sentidos a la belleza del lugar. Estaba en éxtasis. El tiempo se había deslizado como el viento entre las ramas. Como un destello fugaz pasaron por su mente recuerdos de los cuentos de la infancia. Algunos hombres eran capturados por el encanto de las hadas y permanecían hasta siete años dormitando bajo algún gran roble. No había robles en este bosque, pero las hadas bien podrían enamorarse de los viejos árboles que vigilaban la espesura.

Era algo que nunca antes había imaginado. ¿Cómo era posible que tan poca gente conociese este lugar?. La respuesta llegó rápida y clara: la hermosura virginal del bosque sólo se había mantenido gracias a la mínima presencia de seres humanos en la región. Pero Julián no se sentía un invasor en ese lugar. Algunos hombres parecían tener el don de convivir con la naturaleza sin alterarla.

Un arroyo pasaba a unos metros. Sus aguas azuladas saltaban en el lecho de piedras, y su canto era difractado por el follaje como un haz de luz al pasar por un prisma, en cientos de susurros, voces y murmullos. Julián imaginó a docenas de duendes que lo vigilaban, camuflados entre las hojas, las hierbas y los troncos. Ahí está el intruso. No se le acerquen. Está enfermo, enfermo de humanidad. Observen, que ropas ridículas lleva. Miren, a que su corazón no es capaz de retener la magia silvana.

Julián deseó que los duendes le diesen la oportunidad de defenderse, de demostrar todo lo que ahora sentía por ese bosque, de ponerse a su servicio, de guardar su secreto. Pero estaba seguro de que los duendes eran muy desconfiados. O tal vez eran tímidos.

Cerró los ojos, recostándose en la hojarasca, y apoyando la cabeza contra una piedra. Los duendes lo creerían dormido y se le acercarían. Debían ser muy curiosos. Probablemente lo atasen con hilos de



seda mágica, como a Gulliver. Él dejaría que lo hagan. Quería estar por completo a su disposición.

Esperó durante un rato, pero nada ocurrió. El arroyo seguía cantando sobre su lecho, y el viento continuaba cuchicheando secretos que hacían temblar a las hojas. Pero no hubieron pasos sordos, ni sonidos de tenues vestimentas ni ataduras de seda feérica.

- Vamos, amigos -susurró. - Acérquense a mí. Sólo quiero que me enseñen cómo podría ayudarlos.

- Ellos no se acercarán - dijo una voz grave, anciana, extrañamente límpida.

Julián se incorporó, abriendo los ojos. Había sentido la voz, pero no en sus oídos. Había fluído desde la tierra bajo su cuerpo hasta su mente.

- Ya no sienten curiosidad por ustedes, sólo odio y temor - continuó la voz. Julián alzó la vista, y sintió como el viento hacía oscilar las barbas del viejo coihue para luego llegar a sus oídos y llenarlos con su enigmática sonoridad.

- ¿Qué les hemos hecho?- preguntó Julián.

La voz no respondió, y él se dio cuenta de que ya conocía perfectamente la respuesta.

- He visto tantos seres en este bosque -dijo. -Vi ratoncitos que se escurrían a mi paso, vi mariposas con todas las tonalidades del arco iris, vi al orgulloso carpintero con su penacho rojo. ¿Por qué hay tanta vida aquí?

- Porque este es uno de los pocos lugares donde la vida puede vivir - respondió la voz, surgiendo claramente de alguno de los huecos

del tronco arrugado y áspero. - Porque aquí no están ustedes, con sus ambiciones, su inteligencia, su civilización. Porque aún no han llegado a poner su peso que desequilibra todas las balanzas. Porque en este bosque no hay humanidad.

- No es justo lo que decís - se defendió Julián, sin saber si se sentía atacado en su individualidad o en su orgullo de especie. - Después de todo, si este lugar permanece inmaculado, es porque nosotros lo protegemos.

- ¡Gran mérito ! - respondió la voz, en lo que Julián interpretó como un tono sarcástico. - Los humanos creen hacernos un gran favor al defendernos de ellos mismos? Necesitaríamos su protección si nunca hubiesen existido?

- Insisto en que es injusto lo que decís. Nos medís a todos con la misma vara ¿Soy yo responsable por los desmanes de otros hombres?

- El que calla, otorga. El que acepta el mal de otros, es cómplice de ese mal.

Julián calló. Masticó las palabras con dureza, sintiendo que la voz de la foresta lo acusaba con justa razón. Ahora, un sentimiento de culpa lo invadía. Ese mismo orgullo de especie lo obligaba ahora a responder por ella.

- A pesar de ello, algunos de nosotros intentamos de aliviar nuestra culpa tratando de subsanar los daños. Después de todo, al proteger a la naturaleza contra nosotros mismos, estamos dejando de lado parte de nuestra propia naturaleza. ¿No nos exime eso, al menos un poco?

- Quizás -dijo la voz, acompañada por el revolotear de las

ramas-, creo que deberías buscar dentro tuyo la respuesta a esa pregunta.

Una docena de puntos estaban marcados en el mapa. Julián los miraba con fascinación, mientras Eliana descargaba su batería de protestas.

- No es justo -concluyó ella, pateando una zapatilla que estaba huérfana en el piso. - Me habías prometido que íbamos a ir a Punta del Este.

- Tal vez me aburrí de hacer lo mismo de siempre, Eli. -le respondió él con aire desprendido. - Tal vez sea hora de algo nuevo.

- ¿Cómo qué? - preguntó ella. - ¿Cómo irnos a un

hacer?.

Julián se dejó caer sobre una silla. Mantuvo el silencio un momento, y luego alzó la mirada hasta topar con los ojos de Eliana.

- ¿Cómo sabés que no hay nada que hacer? - dijo. - ¿Alguna vez estuviste allá, alguna vez te moriste de aburrimiento, que no querés volver?

- No. Ni me interesa ir. ¿Qué podría haber de interesante en un pantano que lo único que tiene son mosquitos, o en una laguna en medio de la nada, o incluso entre un montón de árboles amontonados uno al lado del otro a los pies de una montaña?

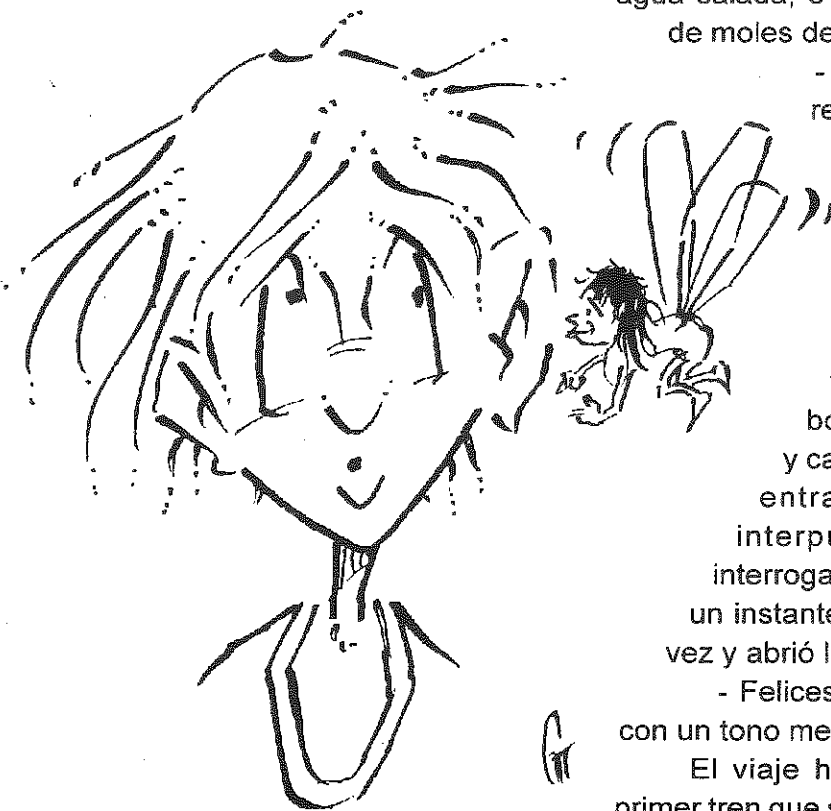
- ¿Qué podría haber de interesante en un montón de arena y agua salada, o en un lugar cubierto de moles de acero y cemento?

- ¡Gente, claro está! - respondió ella.

Julián bajó la cabeza. Sin decir palabra, terminó de armar su bolso, arrancó el mapa de la pared y se lo guardó en un bolsillo. Luego se paró y caminó hacia la sala de entrada. Eliana se interpuso con un gesto interrogante. Él la contempló un instante. La besó por última vez y abrió la puerta.

- Felices vacaciones... - dijo, con un tono melancólico, y se fue.

El viaje había sido largo. "El primer tren que salga y me acerque a un Parque me vendrá bien" le pidió a su agente de viajes. Éste lo había mirado de modo extraño. Finalmente,



Lgar

que nadie conoce, para aburrirnos mortalmente porque no hay nada que





realizó una llamada y le dijo que en tres horas salía un tren al sur. Julián había mirado su mapa y se había despedido.

El tiempo sólo alcanzó para comprar una mochila y una carpa y gastar el resto del dinero en los pasajes, excepto una pequeña cantidad reservada para gastos. Después, sobrevinieron las dos duras jornadas sobre el tren.

El viaje había sido largo. Julián se bajó, con la mochila sobre la espalda. La estación estaba llena de gente. No existía para él. Caminó por la pequeña ciudad, hasta que encontró un lugar donde informarse. Sin embargo, no le interesaron las excursiones guiadas que allí le ofrecían. Así que salió por su cuenta.

Sobre el horizonte, el sol tornaba candente la nieve de las montañas tras las cuales se escondía. Hacia él dirigió Julián sus pasos. Caminó hasta dejar atrás los edificios, las casas y los caminos. Sin saber a dónde llegaría, sin pensar en lo que haría más tarde, simplemente caminó. Seguía dos senderos. Por uno iban sus pies, por el otro su alma.

Una gota de agua fresca salpicó su frente, y Julián abrió los ojos. No podía recordar cuánto tiempo había estado recostado en la hojarasca. Esquivando el follaje del viejo coihue, otra gota cayó sobre su pecho. Se incorporó. Un roce metálico en su muñeca le llamó la atención. Se miró el brazo, y aún contra su voluntad, vio el reloj, recordándole la fecha de regreso.

Dio un suspiro, y se paró. Un ligero mareo lo obligó a apoyarse en el tronco del árbol, pero se recuperó

enseguida. Se puso su mochila al hombro, y miró al coihue. Sueño y vigilia se habían tornado confusos, y Julián sintió que había estado caminando por paisajes oníricos desde que se bajó del tren.

Una nueva mirada lo convenció de que realmente había andado mucho, y que debía apresurarse a volver, porque no sabía cuán lejos de cualquier camino podría estar. Las gotas se habían cansado de las iniciativas individuales, y ahora caían en equipo. Decidió ir arroyo abajo, convencido de que tarde o temprano toparía con algún rastro de civilización.

Le dolía dejar atrás el bosque. Lamentaba no haber podido ver a los duendes ni en sueños. Y una voz, que no sabía dónde había oído, retumbaba en su pecho y en su cráneo. "De vuelta a casa", le exigía. ¿Habría pasado ella sus vacaciones como deseaba? ¿Habría estado rodeada de gente, como quería?. De vuelta a casa.

Una vez más, caminaba dos senderos. Sus pies alcanzaron la calle sembrada de ripio. Su alma, en cambio, no veía por dónde iba. No quería mirar atrás, sabía que lo que dejaba estaba en transparente y tentadora calma. Adelante, en cambio, todo se veía nebuloso y asfixiante, como las nubes que cubrían el cielo. De vuelta a casa. De vuelta al tedio diario de su vida urbana. De vuelta a luchar por ahorrar un poco de dinero como para que Eliana lo disfrutase el próximo enero. Otro año satisfaciendo los caprichos de una mujer que no era realmente suya, sino de la televisión y los

shoppings. De vuelta a casa.

Sus pies lo habían llevado finalmente hasta la estación. El tren esperaba con tranquilidad en el andén para devolver los hombres a sus hogares. Julián permaneció de pie, a la mitad de un vagón. "De vuelta a casa", demandaba su ser. Y aún así, una tensión íntima le impedía subir al tren.

Algo se agitó en su bolsillo. Metió la mano, y extrajo de él una flor que había recogido para Eliana. El capullo se encontraba aplastado y había una cosita que se movía en su interior. Julián abrió delicadamente sus pétalos mustios, y vio con sorpresa que bajo éstos zumbaba una pequeñísima niña con cuatro alas iridiscentes, que emitía un fulgurante brillo rojo.

Al verse liberada, el hada se lanzó al vuelo y revoloteó unos momentos a su alrededor. Terminó por posarse en su oreja y susurrar unas palabras. "Tu casa no es más tu casa. Te mudaste, y todavía no te diste cuenta" dijo, y desapareció entre las gotas que volvían a caer.

Julián miró a su alrededor. El guarda del tren había hecho la última llamada, y la gente a su alrededor estaba muy ocupada terminando con las despedidas y subiendo al tren. No parecían haber visto al hada, a pesar de su llamativo fulgor rojizo. Oyó el grito del guarda recordándole que el tren partía. Sonrió. "De vuelta a casa", estalló su espíritu. Aún antes de que una ráfaga de viento arrebatase a sus dedos el boleto, para alejarlo más allá de sus deseos, él ya había decidido que nunca se iría a casa de nuevo.

*Fin*

# NUEVOS HABITANTES DEL BOSQUE

**3er. Premio 1995**  
categoría B

*Autora: AILIN WEGRZYN*

*Seudónimo: Michay*

*Escuela: Primo Capraro*

**H**abía una vez un bosque, un bosque único, un lugar de fantasía, el bosque del Parque Nacional Nahuel Huapi. Exploraremos un poco este magnífico lugar y les presentaré los personajes de esta historia.

En una parte de este bosque,

vivían un grupo de pudúes. Los pudúes son unos pequeños ciervitos que miden menos de un metro y habitaban este lugar en armonía con otros animales autóctonos.

Un joven pudú-pudú dijo a su madre:

- Mamá ¿Puedo ir a corretear entre los árboles?. Por favor...

- Escucha hijo, te dejo ir pero con una condición: no te alejes de mí, ni del grupo, debo saber dónde estás o me preocuparé mucho.

El cervato dió saltos de contento y mezclando un lengüetazo a la madre con un "¡Gracias mamá!", se alejó corriendo.

- Adiós hijo, diviértete mucho y recuerda lo que te dije.

- Si mami...

Y..., como en las películas el pudú no hizo caso de su madre, su curiosidad lo dominaba y se alejó más de lo prudente. De pronto..., encuentra en un claro del bosque, todo el pasto dado vuelta, con las raíces secándose al sol. Era como si un humano hubiera estado trabajando con un arado. Esto le llamó la atención porque Bariloche estaba bastante lejos, y no vivía gente cerca. Estaba tratando de encontrar una respuesta a lo que había visto cuando escucha un extraño ruido entre unas ramas de ñire. Por lo menos no era un ruido familiar, era un gruñido de un animal desconocido.

- ¿Quién anda ahí? - Preguntó el ciervito. Nadie contestó y el pudú comenzó a intranquilizarse. De repente se escucha claramente :

Omngrrrrrrzrrrrnnn. (Como cuando uno sopla para adentro con la nariz tapada) y aparece una cosa toda peluda dando pasos cortitos y rápidos.

Venciendo su miedo el ciervito saludó : - Hola ¿Quién eres? o mejor

dicho ¿Qué eres? No te había visto nunca en este bosque.

- Ogrrr Hola !, soy nuevo aquí, me trajeron de Europa. Que pequeño eres tú, jamás había visto un ciervo tan chiquito. ¿Cómo se llama tu rara especie?.

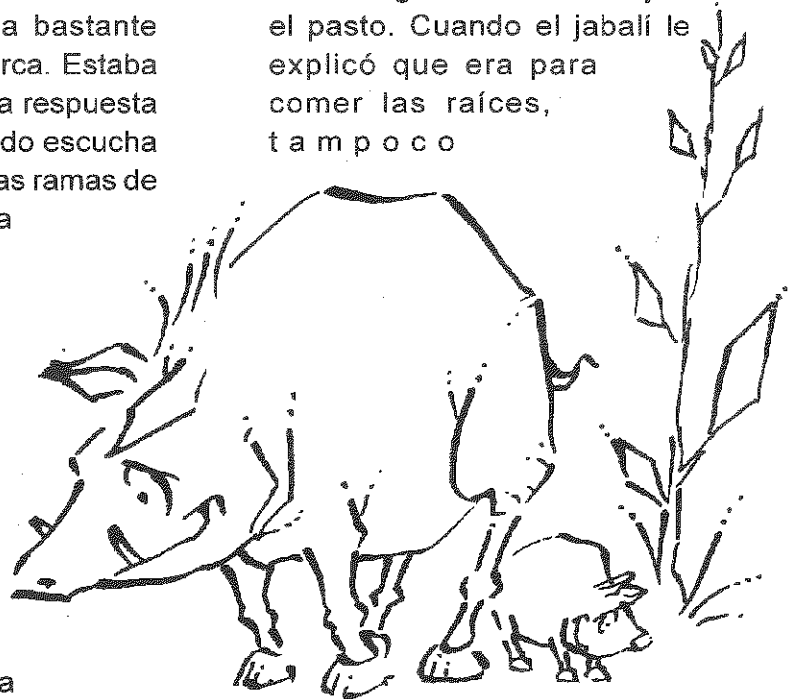
- Soy un pudú pudú y es la primera vez que alguien me dice que soy raro. Aquí todos nos conocemos y ninguno nos extrañamos del aspecto del otro, pero un animal como tú es la primera vez que veo.

- Soy un jabalí.

- ¿Un qué...?

- Un jabalí, a los que somos chiquitos nos dicen "jabatos", y nos trajeron para colonizar estos bosques.

El ciervito mucho no entendía, y quería hacerle muchas preguntas, como porqué había dañado el pradito donde le gustaba corretear y matado el pasto. Cuando el jabalí le explicó que era para comer las raíces, t a m p o c o



entendió, porque él comía el pasto sin matarlo, y volvía a crecer. Pero como era muy amistoso lo invitó a jugar.

Gr.

- Bueno, si mi madre quiere...

Fueron a preguntarle a la mamá jabalí si lo dejaban, y cuando el pudú la conoció se asustó realmente, pues su aspecto de adulto era amenazador.

Más tarde el ciervito volvió hasta donde estaba su madre y contó de su nuevo amigo, y su familia. Mamá pudú no le dijo nada pero en su cara se notó la preocupación. Ella sí sabía, por los mensajeros del bosque que habían traído nuevos animales con distintos fines, y que el jabalí era un animal que les gustaba a los hombres para cazar.

La convivencia al principio no fue tan mala, a pesar de que les vivían arruinando los praditos, ensuciaban las lagunitas de los mallines y tenían un olor horrible.

Pero pronto las sospechas de mamá pudú se confirmaron. Los

hombres entraron al bosque con armas buscando colgar las cabezas de los jabalíes sobre los fogones de sus casas y lucirse con los colmillos que les quitaban. Pero lo peor fue que trajeron perros, y que a los perros les atraían tanto los jabalíes como los ciervitos.

Fue así que el bosque empezó a dejar de ser lo que era antes, y que los pudúes eran cada vez menos o se fueron lejos.

Por suerte, algunos hombres se dieron cuenta de lo que se había hecho, y con lo que sabían unos biólogos y el trabajo de los guardaparques hicieron un criadero de pudúes en la Isla Victoria que funcionó hasta hace poco.

Pero el bosque ya no es el mismo...

*Fim*

---

# JUNTOS PODEMOS

Autora: **MIRTA CAPRARO**

Seudónimo: **Billy Joe**

Escuela: **El Bolsón**

## 1er. Premio 1996

categoría B

**S**on las siete de la mañana. Los pájaros ya trinan sobre los coihues y cipreses cuando salgo, con el mate en la mano.

- ¡Buen día! - Guillermo, mi compañero guardabosques, está arrodillado observando algo en el suelo.

- ¡Cazadores! - me dice, ronco

de rabia, cuando me acerco.

En su mano tiene un cartucho vacío.

Estamos en el medio del bosque, cerca del lago. Guillermo tiene más tiempo de guardabosques, es un apasionado por las plantas. Llevamos dos semanas acampando, revisando los retoños y los animales

que, poco a poco, vuelven al Parque.

Hace muchos años, cuando me decidí a seguir esta profesión, los guardabosques eran unos hombres macizos, vestidos de verde y los parques, los bosques, iban a desaparecer.

Fue una época terrible. El gobierno era un desastre y no sabía de donde sacar plata. No se les ocurrió mejor idea que vender, privatizar, los parques. Fue el peor error que cometieron.

La compañía estuvo un año y en ese tiempo casi desaparece la mitad del parque. Organizaron salidas de caza para matar huemules e instalaron un aserradero clandestino para exportar la madera de los cipreses y lengas a Europa y Estados Unidos.

Aquel gobierno sordo y ciego fingió no ver las manifestaciones diarias que se hacían en San Martín y Bariloche.

Hasta que un día hartos de no ser escuchados, indignados ante tanta soberbia, los pobladores llegaron abrazados hasta la sede de la compañía con una orden del juez local para que se retiraran en un lapso de veinticuatro horas. Esto se repitió en todos los parques.

No fueron los únicos en irse. El

negociado de los parques era de terror. Al día siguiente el escándalo era imparable y el gobierno renunció completo, todos los funcionarios sin excepción fueron declarados personas no gratas en todo el territorio nacional.

Se hicieron nuevas elecciones y ganó el partido opositor.

Pero eso fue en Buenos Aires. Acá se comenzó con el trabajo más arduo: recuperar el bosque.

Guillermo me mira con alivio. El cartucho es viejo, viejísimo, de tiempos que todos queremos superar, pero no olvidar jamás.

Caminamos charlando tranquilamente por un sendero de huemul. De pronto... un arrayán!! pequeño, frágil se presenta al sol de

la mañana. Lo

observamos embobados unos segundos. Es un

símbolo. Un símbolo de

que un pueblo unido

puede revertir lo que

sea y que la vida es

má fuerte,

que cualquier gobierno,

que cualquier hombre.



*Gu*

Autora: ANA CELESTE DE VITA  
 Seudónimo: Lari  
 Escuela: Instituto Primario Bariloche

# EN EL BOSQUE

## 3er. Premio 1996

categoría A

**T**odas las primaveras en la Isla Victoria, Lari despierta.

- ¡Qué hermoso día ! - dijo Lari - ¡Esta hermosa mañana me da fuerzas para hacer de todo!

Lari se levantó y comenzó su viaje. Todo estaba igual, intacto. No faltaba nada. Los pájaros volaban y hacían sus nidos; las liebres correteaban por ahí ; los pequeños huemules jugaban a la orilla del arroyo; todo estaba en paz.

De repente un fuerte viento se llevó todas las hojas amarillas. Lari acompañó al viento, iba desparramando las hojas por toda la isla.

Luego , Lari se cansó de volar con el viento. Entonces le dijo al viento:

- Viento, déjame bajar, ya me aburrí de volar - y el viento dijo:

- Lari, ¡cómo no!, enseguida te bajo.

Entonces, el

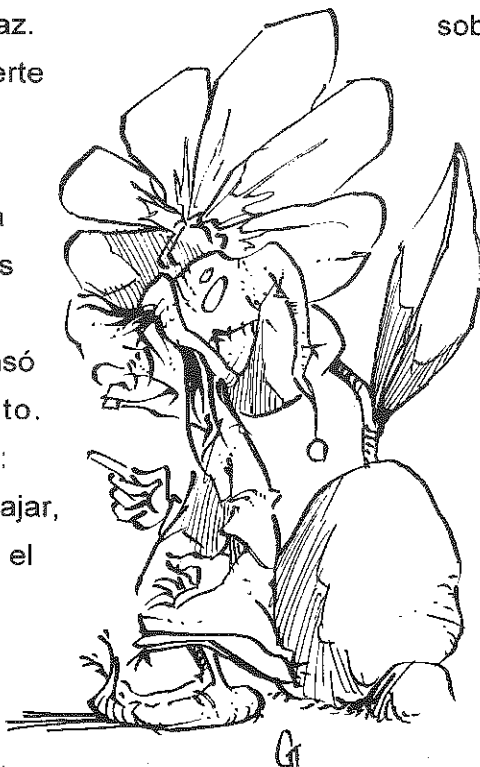
viento paró y dejó a Lari sobre la flor blanca de un arrayán. Lari se acomodó sus preciosas túnicas rojas y amarillas, y de repente tropezó cayendo al suelo, justo sobre un huemul.

- ¿Quién eres? - le preguntó casi muerto de risa al señor de los grandes cuernos.

- Soy Piuque, el señor huemul. ¿Qué haces tú sobre mi lomo?.

- Soy Lari, duende del bosque de arrayanes. ¿Puedes subirme al árbol?

El gran huemul así lo hizo y Lari subió hasta la flor donde el viento lo había dejado. De repente se sintió tan cómodo en su flor que se quedó dormido. Al otro día ya era otoño, y Lari aún dormía.



*Zia*

# HOMBRE DE CAMPO

## 3er. Premio 1996

### categoría B

Autora: PAMELA VIDAL

Seudónimo: Quimei

Escuela: Cooperativa Técnica Los Andes,

Bariloche

**E**ra un día como todos, tranquilo y cálido, en la zona de Pichi Traful.

Juan festejaba con su familia la llegada de su hermano menor que venía de Bariloche. Mientras Juan carneaba un chivo y otros tocaban la guitarra, Pedro le dijo a Juan :

- ¿Estabas esperando a alguien más?

Juan levantó la mirada y a lo lejos vio una camioneta que se acercaba rápidamente.

- ¡Seguro que es otra vez el hombre que vino la semana pasada!

Efectivamente era así, se trataba de un guardaparque que venía a comunicarle el desalojo de su casa. Lo debía hacer antes de tres semanas porque ya habían privatizado esa zona del Parque para construir un complejo turístico.

Juan muy apenado le dijo :

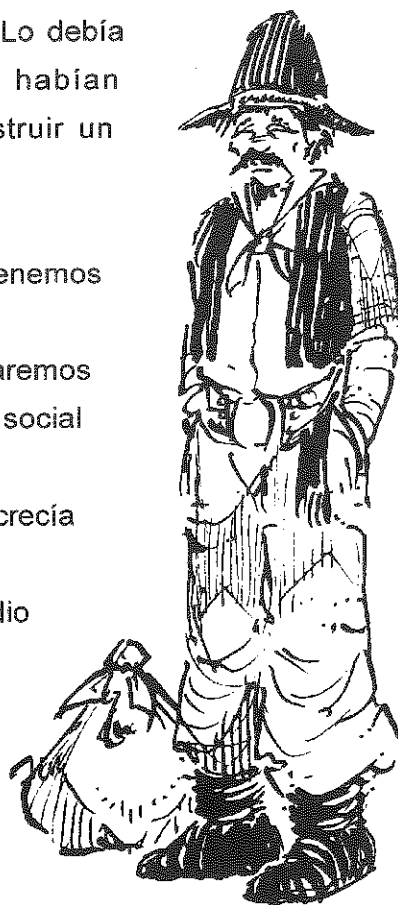
- ¡No, por favor, es el único lugar que tenemos para vivir !

- No se preocupe, nosotros a cambio le daremos un departamento de dos ambientes en un plan social de viviendas.

Pero lo peor de todo era que allí ni siquiera crecía el pasto.

Juan y su familia no tuvieron más remedio que abandonar su humilde casa y mudarse a la ciudad.

Ahora Juan camina por las calles de asfalto recordando sus días en el campo y piensa : ¿Cuándo se hará justicia con el hombre de campo... ? *Jin*



# LA BUSQUEDA

**1er. Premio 1996**

**categoría C**

**L**as alas se desplegaban sobre el río, que caprichosamente zigzagueaba desde lo alto. El vuelo terminaba, con la sonora voz de la azafata, que informaba a los pasajeros que hacía frío, dándoles la despedida. El viaje terminaba y él comenzaba, sabiendo que personas conocidas no lo esperaban, solamente los sueños que, a través de las lecturas Patagónicas había tejido con el transcurso de los años.

Pisó la tierra y respiró hondo, una bocanada de aire despertó sus sentidos, se sintió distinto, no dudó, su sueño en partes, el de buscar y el de llegar se había cumplido.

Recorrió sin prisa los paisajes que él había conocido a través de los libros, recordando en silencio la misteriosa leyenda de La Ciudad de los Césares.

Pensó en su vida, en sus recuerdos y esbozó una sonrisa, su corazón latía con prisa como asegurándole que allí en las montañas estaba todo. Alquiló una

*Autora: MARTHA JULIA VALLEJOS*

*Seudónimo: Aliene*

*Lugar de residencia: Bariloche*

pequeña cabaña, un auto barato y compró en un quiosco del pueblo un mapa actualizado del Parque.

Recorrió lugares distintos grabando en la memoria la riqueza del paisaje, vagó por los bosques reconociendo las especies, los olores, los sonidos, los silencios, reflejándose en los lagos, en el cielo y en el alma. Imaginó el pasado de aquellas tierras y dibujó en sus sueños, los sueños de los dueños de la tierra. Pasó días intentando comprender el lenguaje de la vida, vinculando letra e imagen, sueño y realidad.

Sintió que todo parecía conocido, casi familiar, pero que a pesar de ello seguía confundido.

El regreso se acercaba, claro cuatro días eran muy poco para tan importante búsqueda, pero el desenlace era inminente, el tiempo se escurría velozmente, recordándole que el reloj rara vez se detiene.

Guardó sus cosas en un pequeño bolso, entregó las llaves de la cabaña, del auto y también de sus





sueños, dejando caer casi sin querer un sobre blanco donde se podía leer PACIENTE SR.

Transitó nuevamente sin prisa el camino al aeropuerto, evocando ese hermoso cartel con la leyenda, quien arranca una flor perturba una estrella, reconociendo que la ciudad era sencillamente bella. Bajó del remise, y subió el cierre de la campera, el viento de septiembre de la cordillera, ése tan de mañana, pegaba duro.

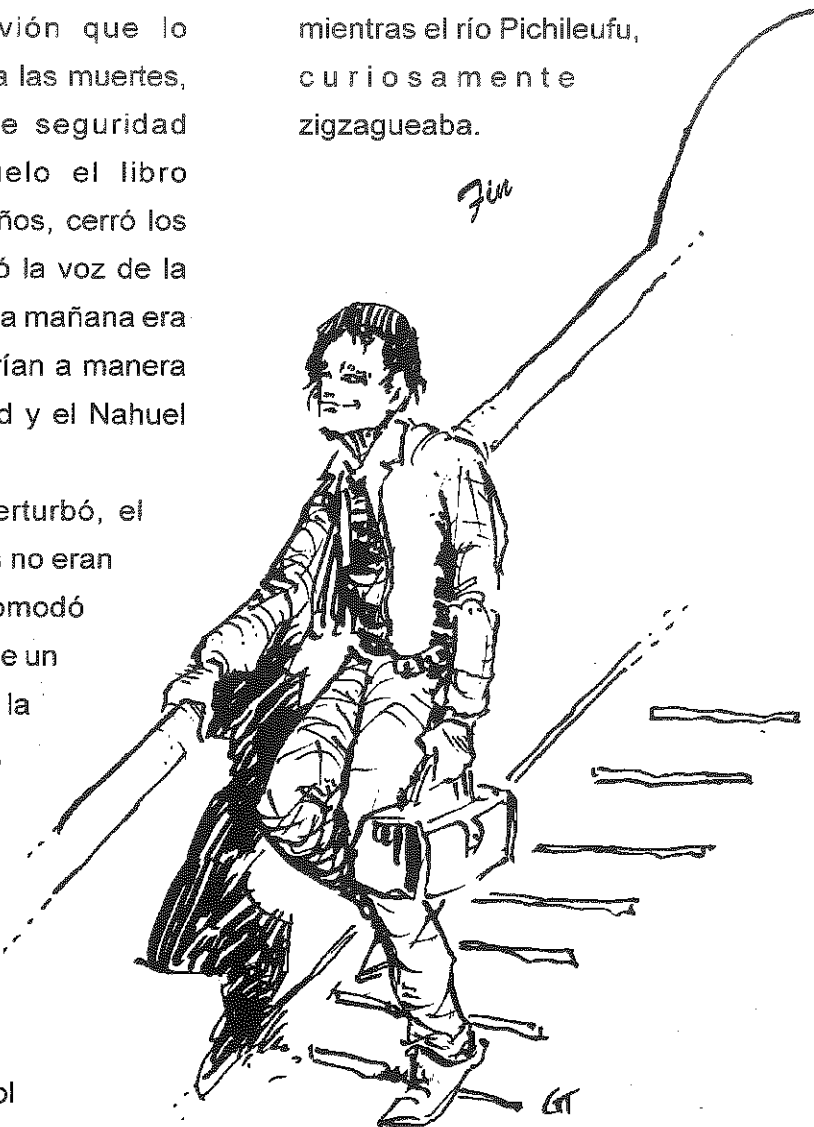
Minutos después se ubicó en la butaca de aquel avión que lo regresaría a la vida o a las muertes, ajustó el cinturón de seguridad dejando caer al suelo el libro amarillento de los sueños, cerró los ojos, y apenas percibió la voz de la azafata que decía que la mañana era clara, y que sobrevolarían a manera de despedida la ciudad y el Nahuel Huapi.

El carreteo lo perturbó, el decolaje de los aviones no eran de su agrado. Se acomodó mejor y fue entonces que un destello de sol iluminó la ventanilla y su cara, abrió los ojos y misteriosamente descubrió que allí estaba todo, todo lo que él necesitaba. La riqueza despuntando en cada espacio y ese sol

que señalaba, que los sueños no se mueren, así por nada.

Fue en ese instante fugaz, casi de magia, en que sintió que estaba vivo, sólo eso le importaba, cerró sus ojos, cayó una lágrima sobre el viejo libro de la Ciudad Encantada, que mágicamente tomó el brillo de la plata, el avión despegó dejando atrás el Tronador, que majestuosamente dejó vislumbrar el Pillán.

Las alas se desplegaron, mientras el río Pichileufu, curiosamente zigzagueaba.



# EL MENSAJE DE LOS NIÑOS

**2do. Premio 1996**  
**categoría C**

*Autora:* LAURA MARCELA MENDEZ

*Seudónimo:* Caleuche

*Lugar de residencia:* Bariloche

**N**o era el campamento que soñó cuando vivía en la gran ciudad y preparaban la mudanza. Había esperado con tanta ansiedad cumplir los doce para que lo dejaran acampar solo que no había tenido en cuenta que jugar a ser Robinson Crusoe podía ser complicado.

Salieron a la mañana temprano rumbo a Puerto Blest, el más grande de los siete brazos del lago Nahuel Huapi. Estaban tan cargados que parecían hundirse dentro del barco que escoltado por gaviotas y avutardas avanzaba en el agua ese día azul; saludando a su paso a López, a Millaqueo, a Capilla, que no eran señores, sino cerros.

Le había parecido que Gonzalo, su amigo puro bosque, cuando lo vio llegar con zapatillas blancas sonrió. Ahora, cuando subía hacia los miradores de la Cascada Los Cántaros y veía sus medias de toalla hechas tierra, frambuesa y abrojos supo porqué.

Para colmo Gonzalo no paraba de hablar. Ya bastante costaba bancarse que en el cole supiera todas las preguntas de la maestra, pero ahora era sábado y éste seguía dando lección... "que típica selva valdiviana; mirá allá los coihues, éstas son cañas colihues, aquellos taiques, el jaspeadito un arrayán, a lo lejos las

lianas de Tarzán, etc., etc..." Aún a pesar de Gonzalo, el espectáculo de colores y olores era tan hermoso que cortaba la respiración.

El otro compañero era más parecido a Viernes. No hablaba nunca, aunque tampoco aceptó cuando le pidió que le llevara la mochila. Y no, gil no era.

Después de caminar y caminar llegaron a la laguna los Cántaros; unos sandwiches menos, otra vez dale que dale hasta Puerto Blest, donde pasarían la noche. Armaron la carpa como buenos boy-scouts y sortearon quien haría cada tarea. Le tocó la cena: un poco de fuego -con cuidado- unas hamburguesas y gaseosa (sólo a alguien de la Capital se le podía ocurrir traer una botella de dos litros en la mochila).

¡Qué dibujos locos hacían las nubes mientras jugaban a ser noche de verano! Poco a poco, todo fue silencio: hasta las mutisias, fucsias y amancays cerraron sus pétalos y comenzaron a dormir.

¿Miedo él? No... pero mejor hacer algo para pensar en otra cosa.

- Contemos historias- dijo Gonzalo

- Empezá vos, Viernes del siglo XX - le dijo a su amigo Manuel. Unos minutos de nada, y luego, con una voz



cálida que contrastaba con el frío en aumento, Manuel empezó.

"La abuela de mi abuela vivió aquí. La llamaban Machi. Una noche como esta dormía en su catre, rodeada de pocos objetos. Un mortero, vientres de ñandú con hierbas secas curalotodo apoyados en una esquina del toldo, más brasas en el centro, y algunas piezas de alfarería que hacen las veces de ollas.

Suspiraba y se quejaba, so ñaba.

Un imponente indio de belleza sobrenatural, le habló :

- Cuando veas en el cielo la tercera luna llena será el momento de hacer el Nguillatún. Esta vez

deberás comunicar a tu cacique que reúna a todas las tribus que pueda para que la ceremonia sea más poderosa. En este Nguillatún deberás pedir muy especialmente por la Naturaleza. Gualichu, genio del mal, la codicia; y ya ha hablado con el Fuego y con hombres de otros dioses, para que le ayuden a vencerla.

La abuela de mi abuela, Machi curandera, sabía que, como siempre que ella fijaba una fecha para el Nguillatún, partirían mensajeros montados en veloces caballos que llevarían el mensaje de los dioses a mapuches de otras tribus. Esta vez, el motivo era especial: la madre natura estaba amenazada..."

- ¡Qué rogativa inolvidable fue aquella! - dijo una voz con incontrolable entusiasmo.

El niño miró a Gonzalo y a Manuel. Esa voz no era de ellos. La suya estaba seguro que tampoco.

- Soy yo el que habla - dijo un gigantesco y anciano alerce - Han pasado más de cien años y aún recuerdo que llegaron de todos los vientos voces que durante tres días y sus noches cantaron al ritmo del Cultrún, bebieron la chicha ritual, y danzaron a mi alrededor. Yo, el árbol sagrado, me nutrí de los ruegos para que los Dioses y los hombres cuiden la naturaleza y los secretos del bosque.

- Lástima que hayan olvidado ese compromiso- dijo otra voz. ¿Y ahora quién habla?. Detrás de un



coihue, casi más viejo que el alerce, apareció un huemul.

- Mi destino de ciervo es solitario, cada vez somos menos y debemos escondernos siempre, pues el hombre intenta destruirnos.

- También es nuestro caso - gritó desde el agua una trucha criolla. Mucha gente nos pesca en cualquier época y no podemos reproducirnos.

- Es cierto, sí, es cierto - dijeron otras voces que del bosque silencioso parecían florecer. Unas maras, un zorro colorado, decenas de patos, todos los árboles y las flores, y hasta un cóndor que seguro vino cuando oyó voces hermanas, asentían indignados ante la permanente amenaza de destrucción.

- Niños - el viejo alerce retomó la palabra - Pensar en el pasado nos

ha hecho hablar en el lenguaje de los humanos que más nos entienden, los niños. En ustedes aún confiamos. He aquí el pedido del bosque: cuidennos, no nos ataquen, no dejen que sigamos muriendo, no permitan que el fuego ni la codicia del hombre acaben con nuestra historia, que es también vuestra."

Seguramente un día de estos, tres niños te pararán en la calle. Seguramente será Gonzalo el que te transmita el mensaje de los dueños del parque, los hijos de la naturaleza. De vos depende. Podés creerle a los niños y poner lo tuyo para cumplir la promesa de nuestros antepasados indios. O podés pensar que esto es nada más que un cuento.

*Fin*

---

---

## 3er. Premio 1996

categoría C

Autor: **EDUARDO ZATTARA**

Seudónimo: **Juan Darío Meyersmitt**

Lugar de residencia: **Bariloche**

# LA FORTALEZA

**T**ardamos unos seis días en llegar hasta la fortaleza. El estado del camino era peor de lo que pensábamos, y el todo-terreno tuvo un serio desperfecto cien kilómetros antes de llegar a Santa Rosa. Esa fue la parte más peligrosa del viaje. Tuvimos un enfrentamiento con una banda de nómades bastante bien armados. Afortunadamente, el

Ministerio nos había provisto con el último modelo de rifles FAL-2, que proporcionaron la superioridad necesaria para dispersar a nuestros agresores. De los siete que éramos, dos habían muerto, y un tercero estaba gravemente herido. Falleció antes de que el grupo pampeano de rescate llegase.

Enviamos los cuerpos de



regreso a la Capital, y el barón de Santa Rosa nos prestó un deslizador Seat HV-603, con el cual seguimos nuestro camino. Las ventajas de un deslizador son evidentes: al moverse sobre un colchón de aire, no lo afectan las grietas y los pozos que plagan el abandonado asfalto. En caso de una emergencia, puede ir perfectamente a campo traviesa, aunque la nube de polvo que levanta es asfixiante, y además delata nuestra presencia a kilómetros de distancia.

Habíamos dejado atrás el Neuquén, y nos acercábamos al lecho de uno de los viejos embalses, cuando divisamos un hilo de humo que ascendía más allá de una loma. A una orden de nuestro líder, nos desviamos del camino para investigar su origen. Yo traté de distinguir de qué se trataba con mis binoculares. Lo que vi me llenó de espanto. Esa sensación se transmitió a mis compañeros a medida que nos acercábamos. Había un árbol, y estaba en llamas.

Saltamos del vehículo, los cuatro, con los matafuegos listos, y lo rociamos hasta que el fuego se extinguió. Ya era tarde. Incapaces de hacer otra cosa, dimos la espalda al cadáver carbonizado del árbol, que no alcanzaba los dos metros de altura, y seguimos viaje.

Al atardecer del quinto día, avistamos el Gran Lago, cuya superficie se encrespaba hasta alcanzar el horizonte, donde las montañas elevaban sus coronas blancas en desafío a nuestra humana presencia. Sobre la orilla sur se distinguían un grupo importante de ruinas. La más llamativa era un edificio de piedra, que tenía en el medio una delgada torre cuadrada y

puntiaguda. A lo lejos, se podían ver las primeras luces que se encendían en la Ciudadela del Kaab.

Nosotros no conocíamos este lugar, así que pedimos permiso a nuestro líder para cruzar por las ruinas, en vez de ir directamente a la Ciudadela por la orilla del lago. Una gran parte de las casas abandonadas se habían derrumbado. Tuve la sensación de que alguien nos observaba, escondido dentro de los edificios vacíos, cuyas fachadas leprosas sucumbían agónicas al paso de los años. Pasando por encima de los restos de lo que debió haber sido un arco, llegamos hasta la plaza central. Un jinete de bronce yacía con su montura sobre el suelo de lajas. Cincuenta metros más adelante, contenidos por una valla de concreto reforzado, había una verdadera montaña de escombros, más alta que muchas de las construcciones que la rodeaban.

Después de una especie de obelisco de base triangular, pudimos retomar el camino que bordeaba el lago, y llegamos a la Ciudadela. Nos recibieron bien, aunque no más cálidamente que en otras comunidades científicas a las que yo había ido. Hicimos noche ahí.

A la mañana siguiente, nos llevaron hasta el puerto, donde una lancha esperaba. La travesía fue agradablemente diferente: aunque el sol y el viento de siempre nos seguían torturando, al menos el omnipresente polvo no llegaba hasta nuestras bocas y ojos. Yo iba contemplando las orillas con los largavistas, asombrado. Aquí y allá aparecían árboles, que destacaban solitarios como manchas verdeoscuros en el fondo apastelado

de la estepa. Para mí, ese sitio era un vergel: nunca había visto tantos árboles. Uno de mis compañeros me llamó la atención y me señaló una isla. Sobre ella, y ante nuestra maravilla, crecían, juntos, tres árboles.

El sol estaba alto cuando divisamos la fortaleza. Su constitución pétreo hacía difícil distinguirla del resto de las montañas, pero su forma de cono estilizado la delataba inequívocamente como obra de la mano humana. Sin puntos de referencia, no supe decir cuán alta era.

Al acercarnos a la costa, pude distinguir, alrededor de la base de la torre, una serie de edificios, circundados por una muralla que ostentaba un elevado número de torretas. Entre ésta y la orilla había una alambrada coronada por púas que apuntaban al suelo. Había movimiento de gente en todos lados.

La lancha atracó en un muelle. Ahí nos esperaba un hombre fornido, embutido en un traje verde. A su lado, había otros cinco, armados con rifles M-16 y pistolas de grueso calibre. Todos lucían sombreros de dos picos, con el escudo y las iniciales de bronce de la Armada de Protección de la Naturaleza. El hombre fornido se presentó como Alfredo, y nos pidió amablemente nuestras credenciales. Mientras las controlaba con una lectora magnética, nos preguntó dónde estaban los otros tres hombres del Ministerio. Le contamos nuestro incidente en Santa Rosa, y él dio su pésame. Mientras, los guardias no nos quitaban los ojos de encima.

Alfredo nos condujo a un jeep, y los guardias se subieron a otro. Me sorprendió darme cuenta de que

estábamos más lejos de la fortaleza de lo que pensaba, y que ésta era realmente enorme. Tratando de iniciar una conversación, uno de mis compañeros le comentó el incidente del árbol quemado, pero Alfredo y sus hombres se limitaron a quitarse los sombreros y mantenerse en silencio. Había un grupo de soldados en la puerta que atravesaba la alambrada, que controlaron nuevamente nuestras identificaciones y también las de Alfredo y los guardias. Avanzamos medio kilómetro antes de llegar a la muralla. Lo que en un principio me había parecido una infantil sensación de incomodidad se me hacía certidumbre a medida que avanzábamos: las cuatro torretas más cercanas al portal de entrada nos estaban apuntando. La mirada tuerta de los cañones era aterradora.

El portal de entrada al complejo era un túnel recubierto de placas de acero. Antes de entrar, un soldado volvió a controlar todas las credenciales. Luego, nos dio paso. A medida que pasábamos por el interior, se iban encendiendo luces verdes. Cerca de la salida, se encendió una luz roja. Alfredo detuvo el jeep. Una alarma empezó a sonar. Los guardias sacaron sus armas. Un soldado se acercó corriendo, y le dijo a Alfredo que tenían una falla en el detector de ondas cerebrales alfa. Él le restó importancia, y pidió autorización para continuar. Cuando nos dejaron, salimos del túnel.

El complejo era un sitio enorme. Nuestro anfitrión nos llevó hasta un edificio que hacía las veces de recibidor. Ahí pudimos bañarnos y almorzar. Mis compañeros estaban echados sobre los cómodos sillones,



conversando suavemente, mientras que yo, prendido del alféizar de la ventana, contemplaba la mole gigantesca que se alzaba quinientos metros más allá, y a la gente que pululaba a nuestro alrededor. Me llamaron la atención los diversos tipos de uniforme que se podían ver. Aunque todos tenían el mismo formato básico, algunas bandas de color parecían diferenciar a los soldados en grupos, algo así como unidades separadas.

Alfredo volvió a la tarde. Traía un sobre abultado dirigido al Ministerio, que entregó a nuestro líder. Esperó que comprobase que todo estaba en orden, y luego nos ofreció visitar el interior de la fortaleza.

Yo sabía que la Armada custodiaba un tesoro muy precioso, pero no me había animado a preguntar a mis superiores acerca de la naturaleza del mismo. Contuve mi entusiasmo, y esperé a que nuestro líder diese su aprobación. Entonces Alfredo nos condujo hasta las puertas mismas de la gigantesca torre. Ante las hojas de titanio reforzado, un grupo de

guardias nos pidió nuestras armas, objetos de vidrio y encendedores. Nos revisaron con un scanner, y supervisaron las credenciales de todos, incluyendo la de nuestro guía.

Cuando las puertas se abrieron, pudimos entrar en un pasillo, que me recordó a las cámaras presurizadas de las astronaves. Al fondo, había una compuerta. Hablando a una pequeña pantallita a un costado, Alfredo pidió permiso para pasar, puso su palma en un lector y miró por un agujero. Se oyó un sonido grave, y otro seco. Alfredo giró una manivela y la compuerta se abrió. Una corriente de viento fresco sopló desde el interior. Nos hizo pasar a todos, y cerró la puerta.

En el interior de la fortaleza no había pisos, o tabiques: todo era un gran espacio abierto. Un fulgor me encandiló al entrar. Desde arriba, un complejo sistema de espejos estaba reflejando la luz del sol tan perfectamente que parecía que la gruesa pared de la torre no existiera. Y

abajo, abajo se encontraba el jardín del Edén. Nunca había soñado con ver algo así. A mi lado, pude escuchar las voces ahogadas de mis compañeros. Yo lloraba, lloraba porque ese lugar estaba lleno



de vida, y porque afuera todo se había muerto y transformado en polvo.

Alfredo trató de contarnos algo acerca de las especies que se encontraban en el interior de la fortaleza, pero yo no lo escuchaba. Caminaba entre los gigantes, aspirando su fragancia, admirando el verde de sus hojas, incluso tocando las cortezas rugosas, lisas, frías, todas tan variadas y hermosas. Me sentía un invitado a participar en una reunión de seres ancianos que me contemplaban con melancolía y silencio mientras me deslizaba a sus pies y acariciaba sus barbas. Era una fracción del pasado húmedo y glorioso. La tierra que mis dedos levantaban del suelo era negra, y tenía el olor más maravilloso que un hombre podría sentir. Y de entre el infinito de hojas, surgía el gorjeo de cientos de pájaros frágiles y coloridos. Deseaba tener diez ojos, cien manos, mil orejas, para poder llenarme de todo eso.

Un ruido metálico detrás mío sonó como un golpe en mi cara. Me di vuelta. Alfredo ya no estaba conmigo, ni mis compañeros. Debí haberme alejado de ellos en algún momento. Pero frente a mí había otra persona. No era un hombre, o al menos no del todo. Su cuerpo era metálico, y también la mitad de su cara. Su mano derecha me apuntaba con una pistola.

- Te estoy agradecido por ayudarme a entrar... - me dijo con una voz sintetizada. - Por eso, voy a dejarte vivir...

- ¿Yo...? - balbuceé. - Pero...

- ¿No te diste cuenta? Qué pena... hace rato que los acompaño. Haber atravesado estas gruesas

paredes es mérito mío, pero el resto... se los debo a ustedes.

Esbozó media sonrisa y alzó su otra mano, que sostenía un cilindro dorado.

- Corré... -me dijo.

Quedé ataragantado por el terror cuando reconocí la naturaleza del cilindro. Él debe haber pensado que estaba sorprendido por su cuerpo brillante, porque bajó un poco la pistola y dijo:

- Un hombre mejor. Empezamos reemplazando al corazón. Estiramos nuestra vida. Siguiéron otros órganos. Los músculos sintéticos son mucho más fuertes. Lo único que todavía no pudieron superar... -se señaló la mitad humana de su cabeza. -... es el cerebro.- Levantó el arma nuevamente, y clavó el ojo de carne en mí.- Tuve que matar a tus amigos... ¿vas a obligarme a...?

- ¿Porqué...? -le pregunté con la voz quebrada y la mirada llorosa fija en el dorado cilindro, que sabía repleto de explosivo plástico.

- Por dinero, por supuesto... - respondió. -Corré...

- Pero, si eso explota, también vas a morir...

Pareció querer contestarme, pero se contuvo con un gesto inhumano. Un reflejo insano se coló por su ojo. Tembló levemente por unos segundos. Luego se repuso, y me dijo:

- Es que era mucho dinero... ¡Corré!

Retrocedí unos pasos y me eché a correr, mientras gritaba. Alcancé la compuerta de salida y la abrí fácilmente. Se cerró detrás mío. Crucé el pasillo, y abrí las puertas exteriores. Les grité a los guardias al salir, y una





alarma general se encendió. En pocos segundos, la entrada estaba atestada de personas que pugnaban por entrar. Los oficiales de cada unidad vociferaban órdenes contradictorias, y discutían entre sí. Antes de que me ordenaran que me retirase del área, pude ver como un teniente anaranjado la emprendía a golpes con un sargento amarillo.

Me alejé de la torre. El caos en la entrada se había generalizado, a medida que seguían llegando personas. Quería ayudar, impedir el desastre, pero... ¿Qué podía hacer? Entonces sentí un temblor en el piso, y oí una explosión apagada. La cúpula salió despedida desde la cima, y me derrumbé de rodillas al ver a la fortaleza convertida en una gigantesca chimenea.

*Fin*

## 2do. Premio 1997

categoría A

Autor: ESTEBAN CANEPA

Seudónimo: Juan

Escuela: Colegio Nuevo San Patricio

## EL RIO

**H**abía una vez un río que latía en la tierra, era alegre y cantaba; era veloz y corría por la tierra. En él vivían truchas y transportaba vida.

Un día, a unos señores se les ocurrió matarlo y el río lloró y pensó: - Nadie me va a ayudar.

Pero escuchó su llanto, un niño que pasaba por la orilla. Este niño le contó al padre y entonces se enteró todo el pueblo. Empezaron a venir

personas de todos lados y lo abrazaron al río y no dejaron que lo mataran.

Desde ese día, el río canta más fuerte y está más lindo que nunca.

*Fin*



*CF*

# 1er. Premio 1997

categoría B

Autor: PABLO CORSO

Seudónimo: Hache

Escuela: Colegio Siglo XXI

## AL SUR

Comencé a subir. El clima era helado, la nieve dominaba el imponente Catedral. Luego de realizar mis primeros pasos, me detuve a observar el paisaje: la majestuosidad del lugar era atrapante. En ese momento sentí que eso era la felicidad. El sólo hecho de estar ahí, tan maravillado y tranquilo, merecía permanecer por un buen rato. Al cabo de unos minutos, seguí mi camino hasta tomar un sendero que parecía no llevar a ningún lado. Hacía su recorrido junto a un arroyo, cuyas aguas eran tan transparentes que se podían ver algunas truchas jóvenes nadando contra la corriente. Pensé que, al igual que yo, ellas estarían disfrutando de una forma u otra ese momento. Algo nos unía; por primera vez sentí que en algún punto coincidía con estos animales. Sin tener idénticos objetivos, las truchas y yo estábamos viviendo y aprovechando ese lugar mágico.

El sendero era zigzagueante y cada una de sus



curvas ofrecía un panorama distinto. Detrás de los árboles se podían apreciar algunos cóndores, en la inalcanzable cima.

Cuando mi camino parecía estar llegando a su final, me encontré con una laguna que nunca antes había advertido. Me dirigí hacia ella para explorar sus aguas. Una vez allí, me di cuenta que tenían una coloración verdosa, muy parecidas a las del lago Frías. Pero una laguna así es algo distinto: transmite una extraña tranquilidad, una sensación de misterio que ningún otro lago puede otorgar.

Mientras reflexionaba sobre este aspecto, algo me sacudió: era un ser que saltaba de entre las aguas; no parecía el salto de un pez, sino algo más grande. En un principio, asustado, no advertí lo que realmente era. Me acerqué al lugar de donde había salido "eso" y me encontré con que un grupo de patos había abandonado la laguna, para dirigirse a una porción de tierra que evidentemente les pertenecía. Me di cuenta de que eran un macho y una hembra con sus tres crías. Entre sus picos traían el alimento y se habían dispuesto a comerlo. Se sentaron, acercaron, y comenzaron a disfrutar de su almuerzo.

Creí verlos sonreír. Ellos, al igual que yo, no querían que ese momento terminara.

*Fin*



# 1er. Premio 1996

categoría A

# EL

# ABUELO

Autor: SANTIAGO DE PELLEGRIN

Seudónimo: N

Escuela: Instituto Primario Bariloche

**E**sta es la historia de un árbol.

Todos los animales del bosque y sus vecinos árboles lo conocían. Es que él estaba allí desde mucho tiempo antes que todos llegaran a este lugar, por eso le decían "el abuelo".

Una vez, mientras el carpintero limpiaba su tronco de gusanos le preguntó cuántos años tenía, el abuelo le respondió que, según creía recordar, había visto ya 350 inviernos. Al oír esto, el carpintero siguió sacando los gusanitos, pero sin golpear tan fuerte, porque a los abuelitos no les gusta mucho el ruido.

Era por ser tan grande y fuerte que todos los árboles lo miraban con respeto, y los animales del bosque se reunían debajo suyo, a escuchar sus historias de tiempos pasados; cuando los

hombres abrigados con pieles se escondían detrás suyo para cazar una liebre, y así dar de comer a sus hijos, o de aquel hombre al que llamaban perito Moreno, al que vio pasar un día hacía ya mucho tiempo. El abuelo recordaba mucho a ese hombre, y no permitía que nadie lo olvidara, siempre les repetía a todos que ellos

podían seguir viviendo allí gracias a Moreno, que un día decidió cuidar esas tierras para todos los habitantes del bosque, pero también para todos los hombres que quisieran la tierra.

Cuando el abuelo hablaba, todo el bosque hacía silencio, hasta el viento soplabá más despacio para poder oírlo.

Un día,



mientras el viejo árbol contaba a los pequeños ciervos la historia del perito Moreno, un horrible ruido interrumpió el silencio. El zorro corrió a ver de que se trataba, y volvió muy asustado. Le contó al abuelo que unos hombres estaban sobre unas máquinas muy grandes, y con ellas empujaban los árboles hasta que éstos caían quebrando sus ramas. También contó que además había en el aire un olor muy extraño, un olor que salía de más allá de donde llegaba su olfato, pero que pudo ver algo parecido a una nube gris.

Al oír esto, las ramas del abuelo comenzaron a temblar, él conocía muy bien esa nube, pero, para estar seguro, le dijo al cóndor que volara más allá de los hombres y sus máquinas y buscara el origen de la nube.

El cóndor voló tan rápido como le permitieron sus alas, y al volver le contó a todo el bosque, que la nube no era una nube sino humo del fuego que venía desde lejos, y los hombres tiraban algunos árboles para que las llamas no corrieran más.

Al oír esto, el abuelo dejó de temblar y dijo : -"Debe ser Pedro, el hombre que vive al otro lado del río, él está tratando de salvarnos". Los animales, al ver que el abuelo ya no tenía miedo, se quedaron a su sombra escuchando en el más absoluto

silencio el ruido de las máquinas.

Estuvieron todos reunidos hasta el amanecer del día siguiente, cuando todo el bosque quedó mudo, recién entonces los animales fueron a descansar a sus cuevas, los pájaros a sus nidos y los árboles a su canto de hojas.

El carpintero volvió a su tarea de comer gusanos del tronco del viejo árbol, en eso estaba cuando oyó ruiditos de crujir de ramas secas, dio vuelta la cabeza y vio a Pedro, el hombre del otro lado del río. Venía todo sucio y en sus ojos se notaba el cansancio de toda una noche de arduo trabajo.

El hombre se sentó, apoyó la espalda en el tronco del abuelo y con un suspiro largo le dijo al árbol: - "Tranquilo amigo, ya pasó el peligro..." y se quedó dormido.

El abuelo miró a Pedro y le dijo con su voz de hojas : -"Yo sé que no puedes escucharme, pero igual quiero contarte que me recuerdas mucho a alguien que pasó por este mismo lugar hace muchos inviernos. Este hombre nos quería igual que tú, y para defendernos de la destrucción decidió que lo mejor era regalarnos para todos los niños del mundo, los que eran pequeños, y los que todavía no habían nacido. Entre esto últimos estabas vos, Pedro, al que todos llaman el guardaparques".

*Fin*



# VIDA DEL BOSQUE

Autor: **EDUARDO QUINTERO**

Seudónimo: **Mentita**

Escuela: **Instituto Primario Bariloche**



**2do. Premio 1996**

**categoría A**

**L**a tarde se encontraba hermosa, el sol se estaba ocultando, las montañas parecían tomar un color más suave y reflejándose en el lago se formaban tonos rosas y violetas. Una corriente de aire envolvió mi cuerpo y cada parte de él se fue estremeciendo poco a poco. Algo extraño estaba sucediendo y sentí la necesidad de escapar. Casi en el mismo momento, un objeto que parecía un ave, de color acero, atravesó el cielo dejando una estela y a la vez liberaba una cortina de agua, que antes de llegar al suelo se evaporaba. Casi simultáneamente escuché estallar un ciprés, cuya madera volaba encendida a muchos metros de distancia. El bosque se tornaba más caluroso. Más tarde me rodearon animales de muchas especies, se escuchaba aullar a los zorros colorados, los pudúes corrían zigzagueando entre los árboles, luego todos corrimos y nos resguardamos lejos del fuego; al igual que nuestra

confusión, el incendio duró dos días hasta que por fin fue sofocado. Las llamas dejaron secuelas, pero también dejaron lugar para futuros renovales que crecerían con vigor. Varios meses después el bosque lucía el verde de los cipreses, cañas colihues y maitenes.

Ya han pasado dos años y todos los sonidos han vuelto a ser los de antes: el canto de los cauquenes y las avutardas, el susurro del pudú, el imperceptible sonido del huillín y el leve chillido del monito del monte. Cada uno recobró su lugar habitual y la paz volvió a reinar en nuestro Parque. Mi abuelo, un huemul anciano, cuenta que si uno se detiene a escuchar los sonidos del bosque, se pueden llegar a oír desde la pequeña lagartija hasta el gran cóndor que viven en armonía, al igual que todos los animales que habitamos en las vastas regiones del Parque Nacional Nahuel Huapi.

*Fina*



# EL REGRESO

## 3er. Premio 1997 categoría C

*Autor:* MARTHA JULIA VALLEJO

*Seudónimo:* Cuyen

*Lugar de residencia:* Bariloche

**H**acía muchos años de esa partida, tantos recuerdos niños buscando en el presente. Hoy, el hombre dibujaba en su memoria los largos inviernos de su tierra. Sonrió al sentirse niño otra vez y pronto su sonrisa se esfumó al recordar nuevamente la partida. Se preguntó interiormente por qué, cual habría sido el motivo real de aquella desgarradora despedida, apenas podía recordar la nieve cayendo lentamente sobre los techos de las casas, mezclándose con el humo sereno y perenne de la leña quemándose despaciosamente y en silencio.

Tardó bastante tiempo en decidirse, siempre se consideró indeciso, acorralado por esa extraña sensación que deja el abandono y el desarraigo.

Se sentó frente al lago y mientras arrojaba piedras sin sentido imaginó como sería el reencuentro, sacó de su bolsillo esa carta doblada en misteriosos pedazos, tantos pedazos y tantos misterios como su propia alma, y nuevamente comenzó a leerla sin prisa, como queriendo detener el tiempo.

Cuantos años habían pasado y qué grande estaba su pueblo, el Nahuel Huapi dibujando fantasías como siempre recortadas en las montañas, las islas resguardando los sueños de los primeros pobladores y el Catedral enhiesto y majestuoso imponiendo su estampa de vigía eterno.

Miró el reloj esperando que la nostalgia hubiese detenido el tiempo, pero el tiempo no se detiene, vuela junto al cóndor desde el cielo.

Recordó entonces que se había prometido no dudar más, tomó para sí la fuerza y la profundidad del lago, dobló la carta, y caminó hacia las calles céntricas.

Detuvo un taxi que lo llevaría al motivo real de su regreso, con voz baja entregó desde el alma una dirección, sintiendo que su corazón latía rápidamente acompasando el ruido del motor.

Tantos años, tantos años de pensar por que...

Casi sin darse cuenta sintió que trepaba como un niño por la ladera del cerro Otto, con la cara enrojecida de cansancio y alegría.



- Aquí es señor - lo volvió al presente la voz del chofer.

Bajó del auto y se quedó mirando en letanía la cabaña de madera, era otoño y a su mente acudieron más recuerdos...

El bosque de coihues, los colores rojizos y cobrizos de las lengas y los ñires en otoño, los chilcos rojos y colgantes, el aroma a hongos frescos, las pisadas sonoras por las hojas caídas y la felicidad de la infancia cuando, a pesar de las primeras heladas, nacía la última reina mora.

Quiso ser niño y creer, quiso ser niño y no partir.

Llamó a la puerta esperando encontrar una respuesta, la vieja puerta de madera crujió al abrirse, dejando paso a su pasado.

Allí estaba solo, triste y abandonado por los años aquel anciano que lo miraba con cuidado.

- Pasa hijo - y le extendió la mano. El hombre ofreció la suya y al mismo tiempo preguntó: -¿Porqué abuelo?

-El abuelo mapuche simplemente contestó - No sé- y lo cobijó en sus brazos.

Quiso ser niño y no olvidar, quiso ser niño y ser feliz.

Pasaron horas conversando junto al fuego, recorriendo con la mente las aristas de la tierra,

disfrutando de ese preparado de hierbas que tanto había extrañado.

Todo estaba allí, a pesar de los años, como siempre.

Entonces dijo el hombre.

- Abuelo, ¿Qué puedo hacer por mi gente? - y entonces el anciano comenzó a cantar: "TODA LA TIERRA ES UNA SOLA ALMA".

Cerró los ojos y se sintió feliz, internamente reconoció que volver a su origen lo haría vivir con la seguridad que tanto necesitaba, tendría una nueva oportunidad para reconstruir su identidad y su cultura.

Recordó la leyenda "NUESTRAS RAICES NOS IMPIDEN HUIR" y dejó caer una lágrima. Tomó al abuelo entre sus brazos y le preguntó con la sonrisa de un niño:

- Abuelo ¿los inviernos aún son largos?

Salieron hacia afuera y caminaron a la vieja leñera, el hombre tomó el hacha y comenzó a picar la leña, hacía frío, miró de frente al lago y vio que el cielo estaba gris y bajo, entonces como un regalo comenzó a caer la nieve, teñida de aquel, su pasado.

*Fin*

**Observación: Toda la Tierra es una sola Alma, canción del cacique Abel Kuruüinka**

# EL ÚLTIMO AMANECER

**2do. Premio 1997**

**categoría B**

**Autoras: CECILIA DENISE POSSE  
JULIETA MICAELA GOYE**

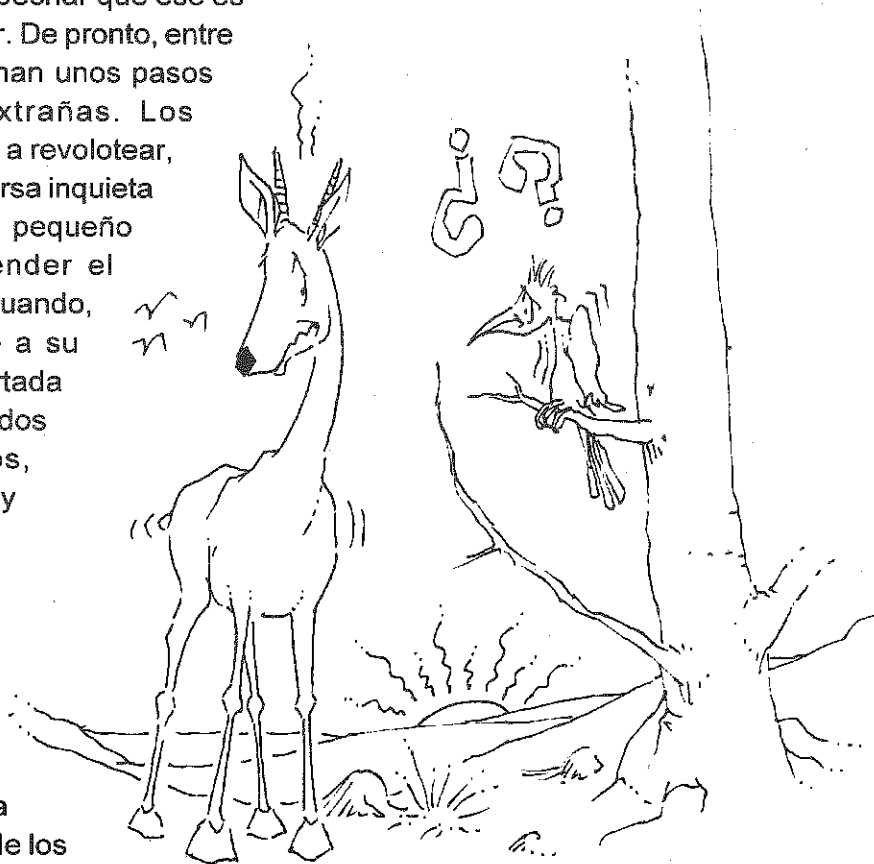
**Seudónimo: Autóctonas del Nahuel**

**Escuela: Instituto Secundario Bariloche**

**A**manece. Los primeros rayos del sol iluminan las copas de los cipreses más altos. Para el huemul es un día más. Lleno de vida y tranquilidad, escuchando el trinar de los Martín Pescador que de temprano comienzan su labor, se alimenta con el resto de la manada del tupido follaje del Parque sin sospechar que ese es su último amanecer. De pronto, entre el follaje se escuchan unos pasos y unas voces extrañas. Los pájaros comienzan a revolotear, la manada se dispersa inquieta quedando atrás el pequeño huemul, sin entender el peligro que corre, cuando, de repente, frente a su tierna y desconcertada mirada, aparecen dos hombres armados, con rostro frívolo y sin compasión, que apuntan la mira hacia el pequeño huemul y le disparan. En el bosque se escucha un profundo silencio, la mirada resignada de los otros huemules, el Martín Pescador y el resto de la fauna del

lugar, observan, como ocurre siempre, por la falta de escrúpulos de los hombres, a otra víctima de la caza excesiva y siguen su camino pensando que tal vez mañana sea su último amanecer.

*Fin*







# HABIA UNA VEZ UN PARQUE

## 3er. Premio 1997

categoría B

Autoras: **CECILIA DENISE POSSE**

**JULIETA MICAELA GOYE**

Seudónimo: *Autóctonas del Nahuel*

Escuela: *Instituto Secundario Bariloche*

**T**ranscurre el año 2919. No queda nada del Parque Nacional Nahuel Huapi. El abuelo y su nieto, sentados frente al calefactor por radiación, en el living. Observan silenciosamente la montaña, a través de la ventana azotada por el viento que levanta la arena, oscureciendo aún más el triste paisaje desértico.

En un momento, el abuelo interrumpe el silencio y le dice con tono amargo a su nieto:...

- Hoy es 22 de Noviembre de 2919. Se cumplen mil años de la muerte del Perito Moreno.

- ¿Quién fue ése, abuelo?

- Fue el que donó tierras que formaron parte de lo que fue, alguna vez, el Parque Nacional Nahuel Huapi

- ¿Qué era un Parque Nacional?

- Era una reserva natural donde se conservaba la flora y fauna autóctonas para que el hombre no las extinguiera. Como ves, no todos pensaban lo mismo, porque ese

Parque ya no existe, desapareció hace muchos, muchos años.

- ¿Y cómo se destruyó, abuelito?

- Es una historia muy larga. Todo empezó cuando unos hombres talaron árboles para comerciar con ellos. Hacían muebles, cabañas, vendían leña y muchas otras cosas más, sin darse cuenta que estaban extinguiendo muchísimas especies, tales como lenga, cipreses, ñires, arrayanes y otras especies que no se pudieron recuperar. Además, los incendios, muchos de ellos provocados por el hombre, devastaron lo que quedaba del Parque.

- ¿Y con los animales qué pasó?

- Nietito, si supieras los animales que perdimos, el pudú-pudú, el cóndor, la mara, los guanacos... Éstos se extinguieron por la caza excesiva del hombre. Para enviarlos a zoológicos y a otros países, o porque al incendiarse los bosques se quedaron sin hogar, sin alimento o se asfixiaron con el humo, y la

contaminación.

- ¿Y las flores? ¿Cómo eran?

- No tuve oportunidad de verlas. Lo que sé de ellas y de los animales es porque lo investigué y lo observé en los microfilms de los archivos de las bibliotecas. Es el único recuerdo que tenemos de ellas, en fin... eran bellísimas con su colorido y diversidad de formas que alegraban el paisaje y los jardines...

- ¿Jardines? ¿Y eso qué era?

- Era un lugar donde las

personas a las que les gustaba la vida natural plantaban y cuidaban estas flores. No me acuerdo de todas, pero las que más abundaban en esta zona eran el amancay, la reina mora, las mutisias, los notros y supongo que muchísimas más, que lamentablemente no supieron apreciar y hoy en día no las tenemos.

- Quiero conocer todo eso. ¿Porqué no puedo? ¿Porqué tengo que resignarme a mirarlos por el sistema de realidad virtual y nunca voy a tener delante mío un pudú-pudú para acariciarlo, poder ver una flor, trepar a un árbol?, ¿Porqué, abuelo? ¿Porqué?...  
Zu

---

---

## MANSO EN EL '99

**1er. Premio 1997**

**categoría C**

*Autor:* ALEJANDRO DANIEL GONZALEZ

*Seudónimo:* Arbol que mira

*Lugar de residencia:* Bariloche

**E**l golpeteo de la llovizna metálica en la chimenea siempre me lleva al mismo recuerdo, el Manso, año 1999. Manso, qué nombre tan mal elegido para un río de montaña, y con todo lo que se fue enredando en sus aguas alocadas. Pero el río no tiene la culpa, ni la llovizna fina tampoco. Es esa

tonta costumbre que tenemos de insultar a la puerta por engancharnos la manga del saco en el picaporte. Y después nos sentimos desahogados, grandes en el contraste con el objeto inferior, desdeñado. Pero un río de montaña no es un objeto desdeñable.

Fueron esos años de sequía y agua, sequía y agua, y otra vez a empezar. A la gente del norte no le resultaba raro, estaban acostumbrados a los climas del Pacífico, en California eso es común. Pero dejémonos de meteorología, que ese no es el punto más inquietante.

Para la época supieron llegar varios extranjeros de mucho dinero a comprar tierra (y ríos). Los diarios publicaban historias de los nuevos pobladores de la Patagonia y su verde. Casi todos norteamericanos, "gringos" les dicen los latinos, pero en Argentina gringos son todos los extranjeros. Quizás por esto nunca comprendí qué era lo alarmante de las noticias que los diarios recrudescían: "uno más, otro nuevo, y van...". Siempre hubo inmigración en Argentina, mis abuelos eran italianos y españoles, y hasta uno era medio francés, ¿dónde estaba lo raro?

Pensé que esto era así porque la inmigración anterior había sido más pobre, pero no en todos los casos, los ingleses tenían millones de hectáreas en el sur, pero a los nuevos gringos les contaban hasta los metros cuadrados de la casa. Había habido compras y ventas de esos mismos campos entre locales, pero en esos casos nada se mencionó. Qué cosa, me dije, los diarios siempre distraen.

Comencé a pensar distinto en el verano del '99. Una nota del diario hablaba de una compra de un norteamericano, iban a hacer un

complejo turístico cerca del Manso. Hasta ahí lo que era habitual. Sin embargo una aclaración de la nota, uno de esos recuadros pequeños, hizo revivir mi curiosidad. Con los ojos fijos en el papel leí: "... el complejo contará con un sistema sofisticado de alarmas, y con una veintena de guardias".

Llamé inmediatamente a Aníbal para contarle. "El ya lo había leído, y bromeaba con que había muchos guijarros para cuidar. "¡Una veintena!", insistí, pero él prefirió continuar con las bromas. Mis dudas siguieron sin resolverse por semanas, tal vez meses, no sé los agujeros de mi memoria actual son infranqueables para los tiempos precisos.

En esa época solía acampar en lago Steffen, o a lo largo del Manso, a veces más al sur. Pasaba unos fines de semana fabulosos, desenchufado de todo lo que pudiera perturbar mi conversación con el río. Me encantaba la noche estrellándose despacio en verano, y las hileras de cañas cuando se oscurecen hasta desaparecer. Tenía un lugar preferido, debajo de unos coihues gigantes y de una piedra redonda, pelada, que rozaba a uno de ellos y lo obligaba a inclinarse. Siempre que me sentaba ahí hacía suposiciones de cómo habría caído esa piedra, y originado ese bonzai fracasado, donde el majestuoso árbol le había ganado a la técnica de detenerlo. Después supe que ésa era una pregunta mucho más inocente que las que debía contestarme más adelante.

El aire del lugar siempre estaba limpio, inconfundible. "Qué suerte", decían Aníbal y Remedios, "ninguna fábrica, ni aquí ni en el lado chileno". Sí, teníamos suerte, estábamos en un parque protegido.

El verano del '99 se agravó porque la sequía fue más intensa, y las lluvias más feroces, todo estaba exacerbado. Se decía que era el efecto del Niño (otro nombre mal elegido). La tierra volaba al más mínimo resoplo. El bosque estuvo en alerta desde diciembre, rarísimo, ya en febrero había ido calentándose de tal modo que en los ríos uno podía bañarse por horas. Sobre todo en el Manso.

Los diarios ya no hablaban tanto de las construcciones del complejo turístico. Tampoco de las que se hacían dentro de la montaña, esas llevaban un movimiento de piedras gigantesco. Los lugareños insistían en hablar de minería, pero la minería estaba en auge más al norte, alguien argumentó que ahí no convenía y pronto el tema desapareció del debate.

Un día Remedios vino con la noticia de que había encontrado dos animales muertos en una loma cerca del río, y que casi los pisó porque no desprendían ningún olor ni tenían moscas. A la semana siguiente estuvimos de pasada para hacer camping, y fuimos a ver. Ahí estaban como ella los había descrito, todavía, una semana más tarde, sin olor ni

rastros de putrefacción. Fue una sensación extraña, a nadie le gusta lo podrido pero menos lo que en la naturaleza no se comporta como uno sabe y espera. Nos mantuvimos un poco lejos, diría asustados aunque no es la palabra exacta. Aníbal buscó una rama gorda en el suelo y con un poco de esfuerzo dimos vuelta uno de los cuerpos para verlo del otro lado. Nada ¿¡Nada?! Una semana al calor y nada. No sé lo que ellos sintieron, pero a mí todo alrededor comenzó a parecerme irreal. Decidimos taparlos con ramas, volveríamos el domingo en el viaje de vuelta a casa y los veríamos otra vez. Aníbal sugirió que después podíamos llevarlos, pero no le contestamos.

Pasamos el sábado pensativos, hablamos poco. Remedios fue a comprar huevos y un trozo de cordero a un puesto, volvió con la noticia de que los puesteros habían encontrado más animales, hasta algunos pájaros, en la misma situación, inertes. Le dijeron que un rayo en la tormenta del miércoles los habría congelado. Pero un rayo quema, parte, hace desaparecer. Por el contrario, acá se trataba de algo intacto.

No recuerdo el momento exacto, pero del silencio de los tres surgió una avalancha de diálogos e ideas que nos llevaron a entender un poco. Fue Remedios quien evocó la ciruela esterilizada por radiación gama que se había conservado por meses, intacta, en la cocina de su casa, y bajo los efectos del calor de la calefacción.

Anibal y yo hablamos de los tomates larga vida que no se pudren nunca, y fue Anibal (él era ingeniero) quien dijo no haber visto ninguna línea de electricidad que fuera hacia el complejo turístico. "¡Un reactor no declarado!", gritamos los tres mirándonos las caras tensas y los ojos petrificados. Levantamos campamento desordenado y nervioso. Hablábamos de cómo llevar los animales. Anibal nos aseguró que la radiación no es remanente, que el cambio es en la vida celular, que entonces podíamos levantarlos. En el camino hacia donde estaban los animales se largó a llover espantosamente. Llegamos al lugar cuando ya estaba oscureciendo. El corazón me latía con fuerza, pero casi me explota cuando descubrimos que en la loma los cuerpos ya no estaban. Buscamos alrededor. Era ahí, no había dudas, estaban las ramas que usamos para taparlos.

Volvimos inmediatamente a la camioneta, comenzamos a andar. Estábamos nerviosos, mi maldita vista nocturna se había cansado, no vi la zanja y nos caímos con dos ruedas adentro. A pesar del diluvio salimos de la camioneta. En otra circunstancia hubiésemos comenzado un partido de truco y dormido hasta la mañana siguiente, pero en ese momento queríamos llegar a algún lugar, y sobre todo, hablar con alguien. La ruta al Bolsón estaba a unos 5 kilómetros, nos largamos a caminar rápido bajo

una lluvia casi cálida. Fue cuando habíamos caminado unos 500 metros, que por el camino detrás nuestro, aparecieron tenues las luces de un auto. Vi una sonrisa mojada en las caras de Anibal y Remedios. El auto se detuvo al alcanzarnos. Fue raro que detrás viniera otro sin luces. Se bajaron sin titubeos tres hombres armados. Nos pegaron y empujaron hacia el auto sin luces. Se me cayeron los anteojos, al intentar levantarlos la bota de uno de ellos los destrozó delante de mi mano. Vi como los aplastó con un movimiento circular lento hasta enterrarlos en el barro.

Bueno, no es fácil, es la primera vez que escribo en 10 años. En realidad es la primera vez que me facilitan papel y lápiz en el complejo turístico. A veces los veo a Remedios y Anibal desde lejos. A él, los años de cautiverio le encorvaron la espalda, y los hombros se le retrayeron. Yo sigo con mis dudas, por ejemplo por qué no nos mataron. No sé, pero bueno, si esta carta sale, sólo quería contarles un parque.

*Fin*

**3er. Premio 1997**

categoría C

**EL****GUARDAPARQUE**Autor: **CONRADO GUILLERMO MEIER**Seudónimo: **NYC**Lugar de residencia: **Villa La Angostura**

**M**uy buena persona don Arsenio, aquel guardaparques de Lago Espejo allá por los '40. Bromista irreverente, su natural simpatía pronto desarmaba las circunstanciales broncas de quienes eran víctima de alguna de sus trastadas. ¡Qué le va a hacer, son cosas de don Arsenio! Se consolaban.

Fue su padre el criollo entrerriano don Toribio, pequeño criancero establecido en Cuyín Manzano.

- Muy güena gente también el finao Toribio -rememoraba la abuela doña Corina, que le conociera en su juventud. - ¡Pero Ave María q' era pillito, siempre haciendo algo pa' ráirse 'e los demás. No se le daba nada en carniar unos corderos, o una vaquilla, pa' repartir la carne entre los vecinos pobres... claro que no eran d' él, sino de don Creide, del boliche 'e La Lipela... ¡tenía tantos! si una vez le cambió al turco una res de novillo d' él mismo por "vicios" y no sé cuántos litros 'e vino pa' 'cer una fiesta que duró como tres días, jjí, jí, jí!

Un verdadero Robin Hood del Cuyín Mnazano. Ya tenía a quien salir

su primogénito Arsenio, "lonja del mismo cuero".

Mas, las relaciones entre padre e hijo no eran todo lo cordiales que podrían haber sido, dadas las afinidades que tenían. Es que Arsenio retribuía al veterano de igual manera, y se regocijaba en su cólera. Veces hubo en que debió escapar a toda velocidad, que por dura experiencia sabía que el viejo le haría bramar y corcovear a rebencazos si llegaba a atraparle. Pero el gusto de embromar era más fuerte.

Aún adolescente, dejó el severo entorno patriarcal de aquel medio rural en que creciera. No pidió la bendición ni se despidió, se fue nomás de callado una madrugada, y chau.

Trabajó de boyero y de peón de estancias, hasta que por el '35 se integró a las cuadrillas que en esos tiempos legendarios de Parques Nacionales abrían a pala, hacha y sudor los caminos del Nahuel Huapi. Al cabo de unos años le ascendieron a guardaparques, y su primer destino fue Lago Espejo.



Solía recorrer a caballo o en bote de remos la amplia jurisdicción a su cargo, y así se relacionó con los vecinos de la región. Cuando se dejaba caer en casa de algún poblador, jamás rechazaba las invitaciones a beber una, dos, tres o más copitas, que le gustaba, y bastante. Como además era sociable y de buen genio, estas visitas de cortesía se aceptaban de buen grado en las poblaciones. Por su intermedio, como siempre estaba enterado de todo, la gente se ponía al día en cuanto a chimentos y novedades. Se abastecía de víveres y necesidades en el hotel de Lago Espejo pues el pueblo más próximo, Villa La Angostura, quedaba lejos. Por supuesto que allí también se demoraba con amistades y conocidos, entre vaso y vaso.

Tenía un caballito blanco, manso y paciente, muy acostumbrado a esperar que acabasen las largas tertulias de su dueño, y a regresar a la querencia al tranco, sin horario, el funcionario balanceando dormido y en precario equilibrio sobre su grupa, una damajuana de vino firmemente sujeta por delante. El noble bruto llegaba solo a la seccional y se detenía a la espera de que el amo despierte. Si así no sucedía y pasado un tiempo prudencial, el equino empezaba a sacudirse hasta que el jinete en sueños caía a tierra. Eso sí, los afilados reflejos hacían que don Arsenio siempre llegara al suelo antes que la preciosa damajuana, impidiendo con amoroso abrazo que

se rompiese. Que se sepa, nunca hubo que lamentar tamaña desgracia.

- ¡Matungo 'e mierda!... ¡ya te viá enseñar a respetar l' autoridad! -se sobaba el dolorido trasero, mientras el caballito observaba como de reojo.  
- ¡Mirá nomás, haceme burla, que cualquier día d' estos te carneo y te hago charque!

Tomaba su función en serio hasta por ahí nomás y se llevaba bien con todos. Nunca hizo cuestiones a los más humildes por unas carradas de leña tomada sin permiso, por atrasarse en el canon de pastaje, o por alguna trucha sacada en época de veda, cuando escaseaba el trabajo y la comida. Siempre que no abusaran, claro. "Vivir y dejar vivir, esa es la cosa, ché viejo" aunque en su particular estilo:

- ¡Ajá, te agarré!... ¡por esto vas a tener que pagar una bruta multa!... ¡y a un bandido como vos le tocan por lo menos siete años de cárcel!

- Por favor, señor guarda-parques, no tenía leña en la casa...

- ¡Por favor, nada! ¡y ya te m' estás yendo pa' la seccional y descargás todo eso en el patio, bandolero sabandija!

Allá iba el pobre paisano, con los poquitos palos secos y toda su angustia. Don Arsenio le hacía sufrir un buen trecho, y luego lo alcanzaba.

- Bueh... pegá la vuelta y andate pa' tu casa con la leña... ¡pero la próxima vez pida permiso, caramba!

A un reincidente le "decomisó" un pavo gordo al que hacía tiempo le había echado el ojo. Le dijo que además tenía que hacer un acta de infracción, porque el animal no tenía marca y tampoco figuraba en la declaración anual...

Cierta vez llegó un contable de la repartición. Traía orden de que el guardaparques lo llevara hasta el aserradero abandonado del río Cuerno, en el extremo del lago. Era hombre de ciudad, petulante y presuntuoso, y como tal se comportaba.

Ya te voy a enseñar, pensaría don Arsenio.

Llegaron al atardecer, pues era lejos. Imposible completar el inventario que debían hacer, así que tuvieron que pasar la noche allí. Don Arsenio se puso a masticar de su vianda, tomó mate y se acomodó a dormir. El otro, sorprendido, le reclamó.

- Ah, no sé, ché viejo... la orden es que te trajera, pero de que te dé de comer, y pilchas pa' alojar, no dice nada la nota, así que ¡buenas noches!

Se arrebujó en su poncho y rato después ya roncaba.

El infeliz administrativo pasó tiritando hasta que amaneció.

Cuando se instalaron los primeros equipos de radio-comunicación en las dependencias de Parques, don Arsenio descubrió una nueva fuente de recursos para dar rienda a su vocación. La radio se convirtió en sus manos en un verdadero elemento perturbador.

En determinados horarios la intendencia del Nahuel Huapi y las apartadas seccionales se comunicaban entre sí, y don Arsenio dedujo que si aprovechaba los ruidos estáticos y cierta facilidad para imitar voces que tenía, podría organizar algo interesante.

Comenzaron a suceder cosas extrañas. Interferencias, mensajes equivocados, datos que nadie había solicitado, órdenes que no se habían dado, en fin, confusiones y malentendidos en cantidad. Un antiguo funcionario recordaba las delirantes conversaciones que solía mantener don Arsenio con el sr. intendente de Nahuel Huapi, que todos los demás escuchaban por sus respectivas radios con gran diversión. En una ocasión en que el jefe le pedía con insistencia el envío de ciertas planillas, contestó que él pagase primero ese asado de chivo comprometido desde hacía tiempo...

Al fin pasó lo que tenía que suceder. Tanto bajó el balde al pozo que la cuerda se rompió. Don Arsenio, luego de que por propia virtud se hiciera merecido acreedor de

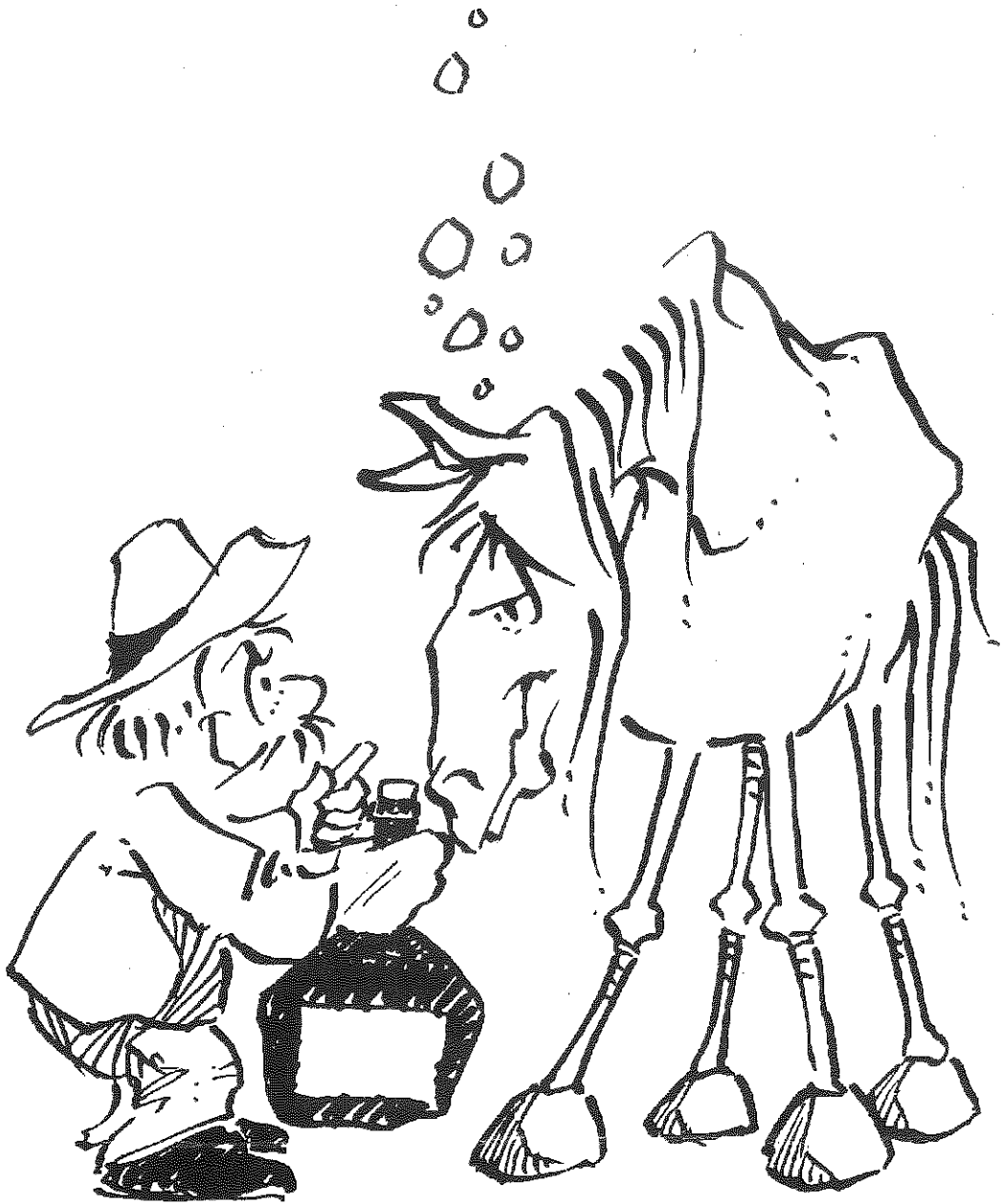




repetidos apercibimientos y sanciones de orden disciplinario, fue dado de baja. Esto no quita valor a aquella sentencia escuchada a los viejos pobladores de la región:

- Guardaparques eran los de antes...

*Fin*



*GT*



# DE CAMPAMENTO

Autora: **CONSTANZA DE GIOVANNI**

Seudónimo: **Vanni**

Escuela: **Nº 298**

## 1er. Premio 1997

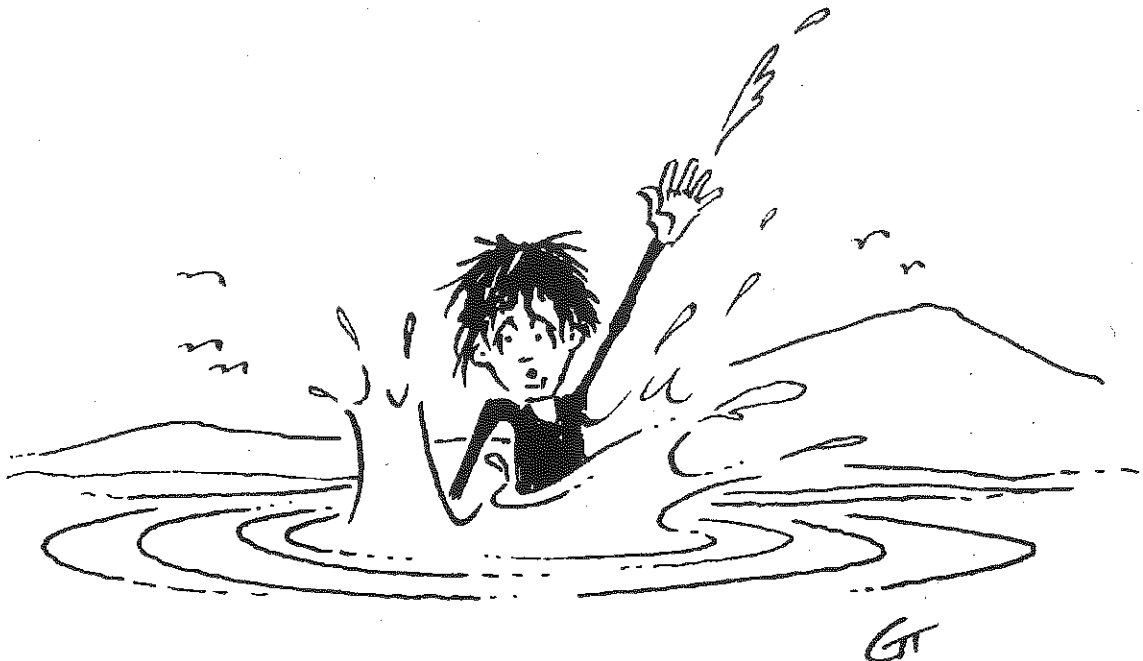
categoría A

**E**n el bosque patagónico iba cayendo una llovizna fina, inquietante, de verano. Estábamos Juan y yo buscando piedras cerca de los coihues, el aire limpio y los cuerpos de arena cayéndose en la playa. La salpicadura de las olas mordió la arena y el agua, al tirar, se la llevaba con ella.

Bueno, como les decía, estábamos juntando piedras cuando

me distraje y al darme vuelta Juan no estaba. Comencé a mirar hacia la playa y ahí lo vi, chapoteaba como un pato en el agua. Al verme corrió hacia mí con los brazos cruzados como ramas quebradas, luego los extendió y yo lo abracé con ternura; después encendimos una fogata en medio del círculo de piedras que habíamos juntado.

*Jua*



*GT*

**SNAP,**

en adhesión al  
Día Mundial  
del Medio Ambiente...

**5 Junio**